

SANTIAGO KEY AYALA

Vida ejemplar de Simón Bolívar



SERIE
latinoamericana

Fundación Editorial



elperroylarana



Vida ejemplar de Simón Bolívar

Colección
historias

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Redes sociales

Facebook: Editorialelperroylarana

Twitter:@perroranalibro

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Diseño de la colección

David Herrera

Edición

Juan Carlos Torres

Corrección

Francisco C. Romero Hernández

Diagramación

Adriana Palencia

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2016001045

ISBN 978-980-14-3607-2

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Colección
historias

Referirse a la Historia en singular y con mayúscula implica creer en el carácter absoluto de un único discurso. La historia no es una sola, es más bien un tejido profuso de múltiples acontecimientos, diversas miradas acerca del mundo y la cultura que constituyen el patrimonio más rico de la humanidad: sus memorias, en plural y sin mayúsculas.

La colección Historias invita a leer la diversidad, la compleja polifonía de lugares, tiempos y experiencias que nos conforman, a partir de textos clásicos, contemporáneos e inéditos, de autores venezolanos y extranjeros.

Las historias Universal, Latinoamericana, Venezolana, Regional y local se enlazan en esta colección construyendo un panorama dinámico y alternativo que nos presenta las variadas maneras de entendernos en conjunto. Invitamos a lectores y lectoras a buscar en estas páginas tanto la rigurosidad crítica de textos especializados como la transparencia de voces vívidas y cálidas.

SANTIAGO KEY AYALA

Vida ejemplar de Simón Bolívar

latinoamericana

CARACAS, 2017

Colección
historias

NOTA EDITORIAL

Vida ejemplar de Simón Bolívar es un estudio galardonado con el Premio Municipal de Literatura en 1942. En esta semblanza se conjugan las facetas humanísticas y científicas del escritor. Se destaca el espíritu positivista que insufla su prosa, natural en una persona con preparación científica como Santiago Key Ayala. Este texto es fundamental para el estudio de la construcción del ideal bolivariano en el pueblo venezolano. No debemos olvidar al leer este texto, considerar atentamente el momento histórico cuando fue escrito, la generación a quien se dirige y apreciar su calidad histórica. Destaca, ante todo, valores universales que invita a cultivar constantemente.

Este es un libro dirigido a las generaciones jóvenes, busca calar en ellas. Todas las generaciones pueden encontrar en él una prosa clara y puntual en lo que quiere comunicar, por encima de los arcaísmos que superan el paso del tiempo.

DEDICACIÓN

A LOS JÓVENES MÁS JÓVENES DE MI PATRIA

Este libro se escribió para los jóvenes más jóvenes de mi país. No es más de una conversación animada, en la cual les habla uno que fue joven antes de ellos. Precisa decir qué entiende el autor por los jóvenes más jóvenes a quienes se dirige.

No es la mera edad lo que los determina. Hay un momento en que el niño comienza a ser el joven, a personificarse. Tal momento no llega a la misma edad para todos los niños. Unos lo alcanzan pronto y con gran firmeza. Otros, con retraso, con lineamientos poco precisos y hasta borrosos. Otros, no lo alcanzan nunca. Los que están en ese momento de consolidación forman el grupo de “los más jóvenes”, cualquiera que sea su edad juvenil.

Además, la juventud, tan cantada, y tan decantada, no es más de una promesa, una semilla. Se ignora si cristalizará la promesa, si germinará la semilla. Si crecerá de ella una planta enclenque, o fuerte y sana. Si de ella resultará un hombre grande, siquiera útil, un inerte, un zote o un azote. Pero la juventud, como prototipo, representa la esperanza, el desinterés, la potencialidad; sobre todo, la sinceridad. Los jóvenes que representan mejor ese prototipo son “los más jóvenes”.

A los que tocan el momento de la consolidación de la personalidad, a los que representan mejor el prototipo de la juventud, está dedicado este libro, sin más valor propio que el de la sinceridad.

INTRODUCCIÓN

A cada momento oís nombrar a Simón Bolívar, a cada momento oís llamarlo también el Libertador. Su nombre aparece diariamente en los periódicos innúmeras veces. Sus retratos son incontables: de frente, de perfil, de cuerpo entero, en busto. Pintado en colores, en negro; en suntuosos marcos dorados o en humilde cañuela de cedro; a caballo, en apostura triunfal; a pie, espada al cinto; en traje de guerrero, en traje civil; con un legajo de papeles, signo del legislador. Fijo con tachuelas a la pared; en la casa del rico, en el rancho del pobre; en la quinta de la ciudad, en la choza campesina que se destaca del cerro sobre el azul del cielo o el verdor de la campiña.

Su rostro, grave y pensativo, no podéis olvidarlo. Lo tenéis en las estampillas de correo en las cartas de vuestros padres, de vuestros hermanos y de vuestros amigos, y en vuestras propias cartas. Está en las blancas monedas de plata y en las relucientes amarillas monedas de oro. Si vais a una oficina pública, lo encontraréis en sitio principal, junto con la bandera y el escudo de la patria. La plaza mayor y más lujosa de la ciudad mayor de nuestro país se llama Plaza Bolívar. Y en casi todos los pueblos de nuestro país, donde hay una sola plaza, se llama de Bolívar, y si hay más de una, la que se construyó primero lleva el nombre del Libertador. Bolívar se llama la principal ciudad del Orinoco, la antigua Angostura. Bolívar se llaman estados, distritos, municipios. Bolívar se llama la unidad monetaria de Venezuela. Como los franceses cuentan su dinero en francos, nosotros contamos el nuestro en bolívares.

Hay en las plazas bustos y estatuas que lo representan.

En días de inquietud, en días de alarma, en días de grandes resoluciones, en días de júbilo, ya la muchedumbre comienza a congregarse en torno de su efigie, imagen del padre a quien rodea el amor y confianza de su prole. Guirnaldas de flores se le ofrendan, y la contemplación de su figura parece elevar y dignificar los pensamientos de los hombres.

Hay en Caracas una casa grande, con grandes ventanas. Las paredes antiguas han sido cubiertas de mármol; los viejos ladrillos, reemplazados con losas de porcelana; los techos, reconstruidos con maderas preciosas: todo costado por la nación. La casa

misma fue comprada para la patria, reuniendo contribuciones de venezolanos. El interior está decorado con pinturas, y en las salas, en los patios, en todo el recinto se advierte el recuerdo de Bolívar y la glorificación de su nombre. ¿Por qué méritos singulares se la ha escogido para consagrarla como un templo? Porque en ella nació el Libertador.

Hay, cerca de Santa Marta, en la República de Colombia, a la orilla del mar Caribe, una quinta que se llama San Pedro Alejandrino. Su nombre se ha hecho célebre y vosotros lo habréis oído más de una vez. La quinta se conserva más o menos como hoy desde hace noventa años. Las principales señoras de la ciudad cuidan de ella. El Estado ha hecho de la quinta un monumento nacional. Cuantos extranjeros cultos pasan por Santa Marta van a visitar San Pedro Alejandrino, y quien la visita recorre la casa con profundo respeto. Algunos han dejado inscripciones en las paredes. Todos dejan escritos sus nombres en el álbum donde se lleva lista de los visitantes. Quieren que se conserve memoria de que ellos estuvieron allí, como uno de esos recuerdos que honran la vida entera de un hombre. Es que allí, en aquella quinta, murió el Libertador.

Si estáis en Caracas advertiréis al norte de la ciudad un edificio culminante. Tiene torres y naves como una iglesia. Es en efecto la antigua iglesia de la Santísima Trinidad: hoy, el Panteón Nacional. Suele estar cerrado. Se abre unas cuantas veces al año con gran solemnidad. Entonces se ponen en las tres grandes puertas guardias con uniformes de gala. Se prenden las arañas y los grandes candelabros de cristal con centenares de luces. Las bandas militares ejecutan músicas marciales y el Himno Nacional. En las grandes fechas de la patria se efectúan ceremonias solemnes. El Presidente de la República, seguido de los más altos funcionarios del Gobierno, ofrenda coronas de laureles con cintas que tienen los colores de la bandera de la patria. También instituciones, cuerpos, gremios rinden el mismo homenaje. En diversas ocasiones, representantes extranjeros, personajes notables, piden y obtienen el permiso de visitar con solemnidad el Panteón y dar testimonio público de su admiración por las glorias nacionales.

El piso del Panteón es de mármol y se ven lápidas con nombres, al igual que en los antiguos templos. En las naves laterales hay monumentos a manera de grandes túmulos. Allí se guardan los restos o el recuerdo de los hombres que más se distinguieron en

la honra y el servicio de la patria. Allí se leen los nombres de Miranda, Sucre, Páez, Urdaneta, Bermúdez, Vargas... Pero, entre todos los monumentos se distingue uno por el lugar prominentemente en que está situado, la majestad de las figuras, la pureza del mármol, la perfección de la obra. Ocupa el sitio del Altar Mayor, y todo él exhibe el sello de la manifiesta superioridad. Una estatua de mármol, la figura de un guerrero con la mano en el pecho, sobre el corazón, el rostro severo y pensativo parece presidirlo todo. El nombre del artista que hizo el monumento es célebre y vivirá en la memoria de las gentes con la admiración por su arte. No se olvidará el nombre de Tenerani. A los lados del monumento, en las paredes que lo guardan, abundan magníficas lápidas con letras de oro, bronces con inscripciones de gloria, ofrendas de naciones. Hay un sepulcro. Las gentes suben por la gradería de mármol, llegan ante el sepulcro y se inclinan con veneración. Inclinaos también vosotros con respeto. Porque allí guarda Venezuela, para la admiración y el amor de todos, las cenizas de Simón Bolívar, Libertador y Padre de la patria.

Pues no solo en Venezuela, su tierra nativa, se repite su nombre y se admira su gloria. Son ya incontables los grandes escritores extranjeros que han escrito de él, poniéndolo entre los contados mayores hombres de la historia del mundo. Poetas ingleses, franceses, americanos lo han celebrado en sus versos. Críticos de todas las naciones han discutido sus actos y sus pensamientos, y han intentado la exploración de su alma. Se le han dedicado grandes libros. Se le han levantado monumentos en Nueva York, Washington, París, Roma, Lima, Bogotá, Santiago de Chile, Río de Janeiro, Quito... Con su nombre se han bautizado plazas, calles, parques, paseos, pueblos, en las más alejadas latitudes. Hay calles Bolívar, parques Bolívar, en Buenos Aires, París, La Habana, San José de Costa Rica... Los lugares donde estuvo de paso adquieren algo de su prestigio. Las naciones se apresuran a recordarlo y a perpetuarlo, a ponerlo ante los ojos de todos con lápidas e inscripciones. Una nación entera lleva su nombre. En el firmamento los sabios le consagran un astro, y contra la costumbre de usar nombres mitológicos o nombres de sabios, lo llaman "Boliviana".

No pueden dejar de fijar vuestra atención tantos homenajes tributados por tantos hombres distintos a un mismo hombre. Habéis debido preguntar más de una vez a vuestros padres, a

vuestros maestros, amiguitos y compañeros: ¿quién fue Bolívar?, ¿cuál fue su vida?, ¿qué hizo para que en todas partes se le admire, para que en todas partes se le recuerde? Si vuestros padres no os lo han dicho, ni vuestros maestros, ni vuestros amigos, o no han satisfecho lo bastante vuestra justa curiosidad; si habéis retrocedido temerosos ante los enormes volúmenes que hablan de Bolívar y no han sido escritos para vosotros, leed de un día a otro este librito. Para vosotros ha sido compuesto. Hallaréis en él alguna noticia que nunca habéis sabido o que habéis olvidado, y sabréis con más seguridad, con más convicción, qué hizo Bolívar; por qué debéis admirarlo; por qué haréis bien al quererlo; por qué su vida y su obra pueden servirnos de ejemplo.

ANTES DE BOLÍVAR

El continente americano existe desde remota antigüedad. Los europeos lo han llamado Nuevo Mundo solo porque resultó nuevo para ellos. Las expresiones “Nuevo Mundo”, “Descubrimiento de América” son expresiones de sentido europeo, generalizadas y aceptadas porque el pensamiento europeo y la cultura europea han dominado el mundo y continúan imperando.

Cerca de mil quinientos años después del nacimiento de Cristo, los europeos tenían noticias más o menos vagas de tierras que estaban al occidente de las tierras conocidas y a una gran distancia de ellas. Un navegante, Cristóbal Colón, con el propósito, leal o fingido, de ir a la India por la vía de occidente, acometió la empresa de navegar seguidamente hacia el ocaso hasta tropezar con tierras. La expedición fue protegida por España; sostenida con recursos españoles y constituida en su masa por marinos y aventureros españoles. La América fue descubierta así por los europeos. Sucesivamente, en numerosas expediciones, se ha ido conociendo todo el continente americano.

Había en América, a la llegada de los españoles, numerosos pueblos de cierto parentesco entre sí, pero de muy variados grados de cultura. Se les llamó indios occidentales, a causa y en recuerdo de la idea primitiva de Colón. El hecho de la fuerza, disfrazado con el nombre de derecho de conquista, decidió del destino de los indios americanos. Los europeos, en especial los españoles, demostraron ser los más fuertes, y subyugaron a los pueblos de América. Ingleses, franceses, holandeses, portugueses, tuvieron territorios donde ejercer su dominio. La mayor porción quedó a los españoles. El continente americano fue así dividido en colonias, es decir, territorios sometidos a un gobierno distante, más allá de los mares.

Buscando mejores condiciones de vida, en el curso de tres siglos emigraron a las colonias, en gran número, europeos enérgicos y activos. Conquistaron tierras, descubrieron ríos, mares, montañas. Crearon fuentes de riqueza, fundaron ciudades, introdujeron cultivos; en fin, dieron valor a la conquista, abrieron al comercio y al aprovechamiento humano los mil recursos que

sin ellos hubieran permanecido fuera de acción universal; se mezclaron entre sí y con los indios, y dieron origen a pueblos blancos y mestizos. La introducción de esclavos africanos complicó más aún la heterogeneidad de los nuevos pueblos.

El español trasplantado a América, es decir, arraigado en América, comienza a ser un español distinto del español quedado en España. El ambiente de América se impone y la diversidad de vida, la mezcla de razas, la alimentación, el clima, la distancia de la metrópoli, van dando origen a pueblos nuevos. Tienen mucho de España, pero ya no son España. Son América, primero en bosquejo, después en dibujo firme, con lineamientos propios. En el “Nuevo Mundo” de los descubridores se va formando un nuevo mundo real, que será, primero, el de los conquistadores; después, el de los libertadores. Suspica, el Gobierno español está siempre alerta frente a la posibilidad de que ese mundo nuevo busque por sí mismo el camino de la prosperidad y de su gran papel en la historia. Dicta leyes para su América; sus leyes son insuficientes unas, otras incomprensivas; muchas, letra muerta. La eficacia de las disposiciones metropolitanas depende de las luces y la buena voluntad de los hombres enviados de España a representar el gobierno del rey. Algunos gobernantes son buenos gobernantes. Los más, mediocres, limitados, arbitrarios. Ciegos los gobiernos españoles, no advierten el error de mantener una política de egoísmo y suspicacia. Algunos espíritus sagaces alertan a España y dan muestras de clarividencia. Son momentos fugaces, y la ceguera persiste a pesar de innúmeros síntomas premonitorios. América nacerá a la vida autónoma; pero habrá de nacer como los organismos humanos: entre convulsiones, dolores, lágrimas y sangre.

Se va acentuando entre los espíritus criollos más elevados la conciencia americana. A fines del siglo XVIII está ya formada tal conciencia en muchos hombres que han realizado lecturas clandestinas. Las ideas revolucionarias propagadas en Europa llegan a América y toman en el Nuevo Mundo, junto con el sentido universal y humano, un sentido especial, americano. Alientan, dirigen y aceleran el anhelo de emancipar las colonias y constituir estados independientes de Europa. Las colonias inglesas del Norte han dado el ejemplo. Poderes europeos, Francia, la propia España, por celos políticos, las ayudaron a emanciparse.

Inglaterra, a su turno, piensa en ayudar a las colonias españolas cuando llegue el momento.

El momento llega en su plenitud a causa de la invasión de España por Napoleón. Un gran movimiento político de autonomía, de gobierno propio, se extiende por toda la América española. Unos primero, otros después, todos los pueblos americanos abandonan la idea de la autonomía precaria, y se declaran por la absoluta independencia. La empresa de alcanzarla no es fácil. En Europa los acontecimientos políticos y militares cambian de aspecto con frecuencia y determinan cambios de política respecto de las colonias sublevadas. En América, la opinión no es homogénea. El desnivel de las grandes mentalidades con la incultura general, los intereses locales, la heterogeneidad de las clases, son obstáculos a la unidad de pensamiento y de acción. Del seno de los pueblos mismos surgen las reacciones contra la patria independiente, y la lucha, a la vez que entre americanos y españoles, se vuelve guerra civil entre los propios americanos. España, libre al fin del invasor, envía hombres, recursos, generales y escuadras a combatir la insurrección de América.

Al estímulo de los acontecimientos se revelan entre los americanos hombres excepcionales por el pensamiento y por la acción. No siempre andan juntas esas calidades. Ni siempre armónicos los hombres. Chocan las individualidades, y por sus rencillas, por sus divergencias, se pierden con frecuencia los esfuerzos y los sacrificios.

Un hombre más extraordinario que los otros, aparece, se distingue pronto. Crece. Acaba por imponer su personalidad. Reúne en ella el pensamiento y la acción. La prudencia y la audacia. La constancia, la voluntad, el genio militar y el político. El lenguaje reposado del estadista y el arrebatado del caudillo. La fe inquebrantable en medio de las dificultades mayores y los mayores reveses. La actividad incansable. La energía sin flaquezas. Se impone por la superioridad indiscutible. Allana las divergencias. Acalla las rencillas. Apaga las envidias. Arrolla los obstáculos. Lleva los pueblos a la victoria. Inspira entusiasmos delirantes. De él dice uno de sus más grandes adversarios: “Es la revolución”. Realmente la personifica porque, en medio de sus facultades universales, permanece profundamente criollo, hispanoamericano. Es el árbitro sumo de los destinos de nuestros pueblos. Ese hombre es Simón Bolívar.

¿QUIÉN FUE BOLÍVAR?

Están ya por cumplirse tres siglos del descubrimiento de Venezuela, cuando en la ciudad de Caracas, en 1783, nace Simón Bolívar. La familia Bolívar goza de consideración en la Colonia. Antepasados suyos han prestado servicio a la tierra nativa y alcanzado favores y mercedes de la corte de España. Pertenecen a la clase acomodada. Gozan de fortuna apreciable, representada en propiedades raíces. Tienen esclavos. Están emparentados con otras familias notables.

Simón Bolívar queda huérfano de padre y madre en su infancia. Se le nombran tutores que velen por su educación y por sus intereses. Recibe lecciones de los mejores maestros. Se le adiestra para desempeñar papel análogo a los de sus antepasados. Será personaje de viso en la vida colonial. Leal súbdito de Su Majestad el rey de España. Nada anuncia que ha nacido un hombre extraordinario. Nada indica la aparición de una gran figura histórica. No es posible imaginar la misión que ha de cumplir el joven Simón Bolívar.

A los dieciséis años se le envía a Madrid. Allí, por sus relaciones de familia, por su categoría social, entra en contacto con la corte, presencia los esplendores y las miserias de la vida cortesana. Se enamora de una niña madrileña, emparentada con familias de Venezuela. Se les considera demasiado jóvenes para casarse. Porfía, vence. Obtiene el permiso para el matrimonio. Lo realiza. Emprende con su esposa el regreso a Venezuela. Se promete años de una felicidad tranquila.

Su mujer enferma a los pocos meses de una fiebre violenta y muere. Bolívar jura no volver a casarse. Torna a Europa, inquieto, desazonado. Busca alivio a su desesperación. Ruido y bullicio para llenar el vacío de su alma. Placer, lujo, viajes, para dar desahogo a su inquietud. Entre tanto, su carácter se va consolidando, su pensamiento se amplía. Están despuntando en él las grandes cualidades que lo harán inmortal. Está ya en sazón para las grandes ideas. Su maestro, Simón Rodríguez, asiste complacido a esa aurora de una gran vida. Un día en Roma, maestro y

discípulo van exprofeso al Monte Sacro a jurar consagrarse a la obra de emancipar la América. Desde entonces, la vida de Simón Bolívar es el cumplimiento del voto formulado en el Monte Sacro.

Vuelto a América, parece dedicarse al cuidado de sus intereses. No del todo. Está en comunicación con otros jóvenes a quienes seduce también la idea de emancipar a su patria y lograr para ella un gobierno propio. El tiempo transcurre. Han fracasado tentativas como la de Gual y España y la de Miranda, ante la indiferencia general, en unos sincera, en otros simulada. No ha llegado todavía la hora propicia a la revolución de Venezuela. Entre tanto, en Europa, los acontecimientos derivados de la Revolución francesa, la aparición de Bonaparte en el escenario imperial, trastornan cada día con más profundidad y extensión a los pueblos europeos y comienzan a hacerse sentir en el mundo americano.

Por un golpe imprevisto se apodera Napoleón del trono de España y asienta en él a su propio hermano, José Bonaparte. España se subleva contra el usurpador. Se constituyen Juntas de Gobierno que invocan el nombre del soberano, depuesto y prisionero. Bonaparte y las Juntas españolas solicitan el reconocimiento de las provincias españolas de América, las colonias, para sus respectivas autoridades. El pueblo de Caracas obliga al capitán general a proclamar como soberano legítimo a Fernando VII. Los criollos quieren más. Proclaman que las provincias ultramarinas tienen el mismo derecho que las peninsulares a constituir juntas propias para mantener la obediencia al soberano legítimo.

El 19 de abril de 1810 logran sus planes con el auxilio de las fuerzas armadas mandadas por venezolanos. Constituyen Junta, detienen y expulsan a las autoridades españolas. Se dan un gobierno autónomo: en realidad, mientras proclaman como soberano legítimo a Fernando VII introducen reformas políticas. Adoptan doctrinas avanzadas. Innovan en la política comercial de España. La revolución está en marcha. No se detendrá ya. Pasará por éxitos y fracasos. Caerá a veces. Se levantará de nuevo. Triunfará al fin, tras años de lucha.

Bolívar es de los conjurados. En su casa del Guaire se han reunido con frecuencia y han planteado proyectos. De abril de 1810 a julio de 1811 los acontecimientos se desarrollan entre las alarmas de unos y la impaciencia de otros. Bolívar es de los

impacientes. El nuevo gobierno considera indispensable asegurarse apoyo exterior. Se envía una misión a Londres con el fin de solicitar el apoyo de Inglaterra. Bolívar va con López Méndez y Andrés Bello. No obtienen todo lo que desean, pero dejan establecidos vínculos que, más tarde, ejercerán su acción. Bolívar aprovecha la ida a Londres para atraer al viejo revolucionario Miranda, en quien está personificada la idea de la Independencia.

El ideal de la Independencia absoluta va ganando el fervor de los más notables hombres de la antigua Colonia. Se ha convocado un Congreso de las provincias para resolver asuntos de interés público. Se reúne el Congreso. Se discuten planes. Se crea la Sociedad Patriótica, cuerpo de acción audaz que mantiene encendido el interés público y promueve medidas revolucionarias. Bolívar es de los oradores exaltados. La Sociedad pide al Congreso que declare la Independencia. Bolívar es de los que defienden la demanda con verbo elocuente. El 5 de julio de 1811, el Congreso declara a Venezuela independiente de todo poder que no emane de ella misma.

Los partidarios de España y del rey reaccionan contra el partido revolucionario. El país se divide entre realistas y patriotas. Comienza la guerra civil, larga, porfiada, devastadora. Es la Guerra de Independencia.

Bolívar, quien por su calidad ha prestado servicios militares de plaza se alista, como otros tantos jóvenes patriotas, y presto recibe el bautismo de fuego, demostrando valor y arrojo. Los realistas obtienen algunas ventajas. La situación de los patriotas se agrava tremendamente por las consecuencias materiales y morales del terremoto de 1812. Es entonces cuando Bolívar, en las ruinas del templo de San Jacinto, profiere el extraordinario apóstrofe: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

En la prosecución de la guerra, Miranda confía a Bolívar la plaza y el castillo de Puerto Cabello. Un oficial traidor entrega la fortaleza a los realistas. Bolívar defiende como puede la plaza, de los fuegos del castillo. Su tropa acaba por desbandarse, y la plaza queda en poder del enemigo. Desesperado, Bolívar comunica la noticia a Miranda. El Generalísimo dice: “Venezuela está herida en el corazón”.

Traidores insinúan a Miranda la infeliz idea de capitular con el jefe realista. El Generalísimo, creyendo salvar a Venezuela de la venganza enemiga, accede a la capitulación, que, en general, es reprobada por los patriotas.

En la capitulación queda garantizada la seguridad de los vencidos. Monteverde, el aventurero afortunado, jefe de los realistas, viola la capitulación. Se impide la salida del territorio a los patriotas que intentan escapar. Bolívar es de estos. El propio Miranda está todavía en tierra. Rumores de traición se alzan contra Miranda. Bolívar es de los que sospechan, injusta, pero sinceramente, del Generalísimo. Indignado, se une a otros, y arresta a Miranda.

Pero la verdadera traición viene de otra parte. Todo queda a merced del triunfador. Un español nobilísimo, a quien Bolívar guardará gratitud eterna, se interesa por el joven patriota y obtiene el pasaporte que le permite ausentarse del territorio de Venezuela. Ni Monteverde, ni el generoso Iturbe, sospechan el valor intrínseco ni la importancia futura del joven oficial.

Bolívar se va a la Nueva Granada, donde la revolución se mantiene entre dificultades, pero firme. En Cartagena publica un manifiesto, donde explica las causas de la caída de su patria y alerta a los patriotas para que se salven de iguales errores. El documento atrae la atención general sobre Bolívar.

Crece la importancia del patriota venezolano. Se le confían operaciones militares, en las cuales se desempeña con éxito. Espíritus perspicaces descubren su genio y presienten que en él está contenida la suerte de Venezuela. Bolívar, al frente de tropas granadinas, invade el territorio de la Capitanía, derrota las fuerzas realistas que se le oponen. Se interna en el país. Exhibe todas las características de un general: audacia, previsión, talento militar, actividad. Realiza una campaña brillante, admirable. Se corta a sí mismo y a los suyos toda retirada. Traza una línea de sangre que divide a los hombres de América de los hombres de España. Avienta hasta la última posibilidad de avenimiento, debilidades y capitulaciones. Aterra al enemigo. Dicta el más audaz y el más discutido de sus actos. Declara la guerra a muerte. Llega triunfador a Caracas. Restablece la patria. Sus compatriotas, llenos de asombro y entusiasmo, lo aclaman Libertador. Se le da el título que acompañará siempre su nombre y definirá su papel histórico. Libertador por antonomasia. Ya no es el joven exaltado que da sus primeros pasos. Se ha revelado como gran político. Se ha revelado como general. Ya es Bolívar. Es el Libertador.

¿QUÉ HIZO BOLÍVAR?

No está en el pensamiento de este libro seguir paso a paso la vida de Bolívar. Basta haber asistido a su nacimiento, a su entrada triunfal en la Historia. Es tan intensa su vida, tan poblada de acción y de acontecimientos extraordinarios, que a narrarla se han dedicado volúmenes. Aquí se requiere solo una visión rápida de conjunto, un cuadro de donde se desprenderá su vida ejemplar, la que más nos importa e interesa.

El Libertador encabeza ya la revolución de Venezuela. Está llena de contrastes la guerra en el Norte de la América del Sur. Se pierde Venezuela. Se pierde la Nueva Granada. Bolívar nunca se da por vencido. La patria existe en él. “Quien no espera vencer, está vencido”. En medio de la derrota, trabaja ya para convertirla en triunfo. Piensa, escribe, ejecuta. Está consagrado a su obra. Sacrifica su tranquilidad, su salud, sus bienes. Las maravillas que habla serían delirio de un cerebro insano, si la realización no las justificara espléndidamente. Es inflexible cuando conviene a la patria. Benévolo cuando puede serlo. Tiene una sola medida para los hombres de todas las nacionalidades a sus órdenes. Respeta la equidad, “ley de leyes”. En la desgracia da el ejemplo, compartiendo las privaciones. Sabe ser sobrio y estoico. Sabe olvidar cuando el interés de la patria aconseja olvido.

A medida que la experiencia de Bolívar crece, aumenta con ella la extensión de su actividad libertadora. Libera a la Nueva Granada caída, como Venezuela, en poder de los realistas. Libera en seguida a Venezuela. Sigue al sur. Libera, con su dirección y por medio de su gran teniente Sucre, al Ecuador. Se enfrenta a las grandes dificultades del Perú. Gana la batalla de Junín. Gana, con la espada de Sucre, la de Ayacucho. Oye la voz de los pueblos del Alto Perú. Y al oír la funda la República de Bolivia.

Cuando da cuenta a Colombia de sus actos, dice con heroica sencillez: “El mundo de Colón ha dejado de ser español. Tal ha sido nuestra audacia”.

Es la coronación de la gran empresa jurada en el Monte Sacro, en presencia de Roma. Primero es un apóstol entusiasta y resuelto.

Después, un colaborador secundario. Crece en prestigio y en audacia. Encabeza la revolución de Venezuela. Encabeza después la de gran parte de América. Llegan momentos culminantes, en que la suerte del gran movimiento americano está subordinada a la suerte de sus empresas. Si estas fracasaran, el Partido Realista, con toda la fuerza latente de la tradición, alzaría la voz en todas partes y emprendería la reconquista de las tierras libertadas. Tal era la situación antes de Junín y Ayacucho. Él estuvo al nivel de su gran responsabilidad. Triunfó y con él, América.

Así cumplió el guerrero. También cumplió el político. Por su pensamiento, por su constancia, por su verbo, por sus realizaciones, por su amplia visión y comprensión de los problemas americanos, personifica en definitiva, para sus contemporáneos, la revolución de la América entera. Su personificación es reconocida por sus enemigos, por los historiadores patrios. Congresos, conferencias, gobiernos y grandes pensadores. Personifica el ideal democrático, personifica el espíritu de América. Personifica el Nuevo Mundo.

Terminada la guerra, todavía queda mucho por hacer al Libertador. Liberar no significa solo emancipar del poder de España los territorios americanos. Significa libertar a los propios pueblos de los abusos, de los prejuicios, de la ignorancia, de los malos hábitos que se perpetúan al amparo de la tiranía. Esta nueva liberación exige aún más tiempo, constancia y energía que la obra de la espada. Bolívar la emprende a medida que batalla. Es una nueva guerra dificultosa, no ya contra un enemigo declarado, sino contra vicios de gran raigambre y reciedumbre, encarnados en los amigos, en los colaboradores, en los pueblos mismos. Los pueblos que van a ser favorecidos por esa forma nueva de libertad, son los primeros en desconocerla, en estorbarla, en destruirla. Expían su ignorancia, su candidez, sus instintos. Cuántos no tienen el desinterés de Bolívar, cuántos envidian su gloria; los ambiciosos, los explotadores, los parásitos, todos aquellos para quienes el desorden, la indisciplina, la injusticia son fuentes de provecho personal, reaccionan contra el Libertador. Inventan calumnias, exageran los errores, tergiversan los propósitos. Explotan las imprudencias para destruir su crédito entre las gentes de buena fe. Lo llaman tirano. Hombres honrados llegan a dudar de él.

Agotada su naturaleza física, asqueado de las traiciones, de las hipocresías, Bolívar se siente solo entre unos pocos amigos

leales. Ve por todas partes cómo renacen los vicios que ha querido extirpar. No encuentra buena fe ni entre los hombres ni entre los pueblos. Pronuncia la palabra que resume su tristeza: “Hemos arado en el mar”.

Ya no falta sino morir físicamente. Antes de desaparecer, el Libertador, a la vez que ratifica su amor a los pueblos, y perdona a sus enemigos, apela de la ceguera y la injusticia de los contemporáneos. La posteridad ha fallado. La gloria de Bolívar no se amengua. Crece y crece siempre. El tiempo la confirma y la dilata.

EL PORQUÉ DE ESTA VIDA EJEMPLAR

El hombre prudente debe seguir siempre las huellas de los grandes hombres, e imitar a aquellos que han sido más ilustres, a fin de que si no puede igualarlos en virtud, al menos pueda tomar algo de ella y hacer como el prudente arquero, pareciéndole al cual el blanco muy lejano, y conociendo hasta dónde alcanza de su arco la fuerza, pone la mira mucho más alta del lugar al que la flecha dirige, no para hacerla subir a bastante altura, sino para poder, con ayuda de tan alta mira, llegar al punto deseado.

MAQUIAVELO: *EL PRÍNCIPE*, CAP. VI

Maquiavelo aconseja imitar las virtudes de los grandes hombres. Cree en la eficacia del ejemplo. Él, tan gran conocedor del espíritu humano, piensa que, a pesar de la diversidad de caracteres individuales de los hombres y en medio de la variedad de las circunstancias de tiempos, lugares y pueblos, hay gran número de analogías que pueden utilizarse para el fin moral de engrandecer las almas y las sociedades.

Pero la vida del grande hombre no es un todo indiviso. El grande hombre padece, como el pequeño, debilidades, pequeñeces, miserias. Entremezclada con la vida grande, útil, heroica, del hombre ilustre va, con triste frecuencia, la vida sin relieve, o amorfa, o tremendamente desigual que la Historia saca a luz para consuelo de las mediocridades, de las limitaciones y de las envidias de los hombres corrientes. Son los términos negativos del polinomio que constituye la vida integral del grande hombre.

Yo no aconsejaría nunca a los hombres ya formados, de caracteres definidos, la hipócrita mutilación de la vida de los hombres ilustres. Hay que respetar la verdad. Hay que saber la vida integral de los grandes hombres. Sus mismas flaquezas pueden servirnos de enseñanza. Mas para vosotros, jóvenes que todavía no os habéis confrontado con la vida, que estáis en una línea divisoria, como la de las aguas en Geografía, lo justo, lo digno de vosotros es aquello que pueda llevaros a los más nobles destinos. He ahí un arroyo nacido limpio y vivaz de la tierra. Si corre a la izquierda, transitará

por tierras áridas donde su vida será inútil, o por arenas que lo sorberán, o irá a dar en un pantano, donde se estancará y volverá la podredumbre. Si corre a la derecha, será limpio, útil, grande.

Tenéis el derecho de mezclar vuestro caudal de vida y de fuerza con otros como vosotros, fecundar valles, ir en un río largo y majestuoso, confundiros con el mar inmenso. Sois la juventud. Sois huéspedes de honor de la patria y estáis invitados a vivir. Al huésped de honor se le brinda con los mejores platos, y no con los desechos. Por todo eso tenéis el derecho de que se os ofrezca una gran vida ejemplar. Porque muchos, con el pretexto del amor y el respeto a la verdad, se empeñan en presentaros las vidas de los grandes hombres por el solo cariz en que ellos, los hipócritas, pueden asemejarseles: por el de las pequeñeces, las debilidades y las miserias. Adivinan jueces en vosotros y quieren confundiros. Aspiran a excusar su falta de ideas nobles, sus apetitos, su vida negativa, con los momentos en que el grande hombre decae, con los contados términos negativos que empequeñecen la suma total del polinomio, con las horas menguadas en que el hombre mediocre, sobre el cual va montado el grande hombre, lo sacude para derribarlo. No os dejéis engañar. El hombre ilustre es porque la suma de los términos en más abruma y hace despreciable la suma de los términos en menos.

Ahora, desechad un escrúpulo que veo asomar en vuestro espíritu de examen y de crítica. No temáis que sea necesario desfigurar ni mutilar a fondo la vida de Simón Bolívar para que se os pueda ofrecer como ejemplo. Al igual de un alimento concentrado, de un alcaloide en el que nada o casi nada es inútil a su objeto, la vida tan agitada de Bolívar se dedicó con tal fuego a su obra, que la obra misma es su vida y un solo grande ejemplo.

Tiempo hubo en que se le deificó y se pretendió ponerlo por cima del examen. Al propio tiempo, otros lo denostaban e inventaban contra él, a su albedrío, las más viles calumnias. Cuando llegó, al fin, la hora de la buena crítica. Bolívar apareció en toda su grandeza efectiva. Libre de las penumbras borrosas que forman las leyendas favorables o adversas, los contornos de la gran figura se delinearon con toda la nitidez de las mayores glorias humanas. Cada documento nuevo ha contribuido a elevarlo en el aprecio y la consideración de los hombres. La razón de muchos de sus actos era desconocida. Entonces, por una reacción de la pequeñez

contra la grandeza, se suponía lo peor, se atribuía la razón desconocida a una flaqueza, a una mezquindad, hasta a una ruindad. El descubrimiento de otros datos, hasta entonces ocultos, ha ido completando la figura histórica de Bolívar. Se han ido reduciendo cada vez las sombras, se han aumentado cada vez las luces. Cada día ha aumentado el número de sus admiradores. Cada día ha disminuido el de sus detractores. La excepcional unidad de su vida en medio de circunstancias las más diversas es la mejor lección que se saca de ella.

¿Bastan estas razones para justificar el título y el objeto del libro? ¿Es que la vida de un hombre excepcional puede servir de guía para vidas que no prometen ser excepcionales? ¿El hecho de ser grande hombre no pone un abismo entre él y los hombres corrientes? ¿A qué presentarnos ejemplos que no podremos seguir? Todos no podemos libértar continentes, renunciar a caudales, ser padres de naciones.

Pues, si vuestros maestros no os lo han dicho ya, las lecturas os harán conocer una ley a que está sometido el organismo humano. “Ley del umbral”, la llaman los fisiólogos. Hay sonidos más graves y más agudos que los percibidos por el oído humano. Hay más colores que los apreciables por nuestros ojos. Estamos como ante un paisaje en una habitación oscura, a distancia de una ventana que da al campo. Vemos una sección del paisaje. Hacia arriba, hacia la derecha, hacia la izquierda, el paisaje continúa, pero se nos escapa. En las aptitudes, la ley se cumple. Cada uno de nosotros dispone de un campo cercado por lindes que lo demarcan. La voz del bajo recorre una escala de notas, limitada por las más graves y las más agudas que puede emitir. El barítono puede dar notas más altas que el bajo y menos altas que el tenor. Cada uno está encerrado entre límites; pero, dentro de tales límites, puede y debe contribuir a la integridad del conjunto, a la armonía universal.

La vida integral del grande hombre abraza un registro más extenso y más alto que el corriente. Pero coincide en su registro medio con el registro de los medianos. Es la sección que está a nuestro alcance. Dentro de ella podemos ponernos en relación con la vida ilustre, aprovecharla, para nuestra propia elevación. Porque aun en esta sección media los hombres en verdad grandes imprimen su sello y dan a las voces corrientes un estilo de comuni-

cativa nobleza. Podemos, siguiéndolos, robustecer nuestra propia voz, afinar nuestra propia nota. Es más, el esfuerzo que hagamos por seguirlos extiende nuestro registro, nos eleva, nos hace llegar más alto de lo que llegaríamos por nosotros mismos. Se cumple así una ley biológica que no había escapado a la penetración y a la experiencia de Maquiavelo.

Y si una vida ejemplar es útil, ¿cuál más para la juventud hispanoamericana que la de Bolívar? No solo por sensibilidad de gratitud, porque él se dio todo a nosotros y trabajó para nosotros. Es que entre el conductor y los conducidos, entre el maestro y los discípulos, debe haber una afinidad, sin la cual la compenetración es imposible. Bolívar, aún afín con los grandes pueblos que se disputan el honor de haber contribuido a la formación de su grande espíritu, es, ante todo, esencialmente hispanoamericano. Por cierta armonía frecuente en la Historia, la América estaba a su medida, y él lo estaba a la medida de la América. Él tiene en su carácter, expandidos por la voluntad, afinados por el genio, sublimados por el ideal hondamente sentido, los caracteres generales del hispanoamericano. Sería tonto, a lo menos extraño, acometer el ejemplo de caracteres de otras razas. Si tenemos el nuestro en casa, ¿para qué buscarlo fuera? Con nuestros caracteres propios, sin deformarnos, sin desnaturalizarnos, podemos cumplir nuestros graves deberes. La vida de Bolívar nos lo prueba. La generación que marchó tras él supo ser grande sin deformarse, en cuanto obedeció la voz del ideal y ahogó en él sus pequeñeces, sus limitaciones.

La obra de Bolívar no concluye con su desaparición material. Hoy, como entonces, como siempre, hay que hacer la patria. La patria no es, como pretende el lugar común y quisiera la molicie, la madre, sino la hija de los ciudadanos. Tengamos para ella el cuidado paternal y lleno de abnegación, y no la ternura, siempre imperfecta y más o menos interesada del hijo. Bolívar fue en verdad padre de la patria.

Que continúe siéndolo en nosotros. Si en América anhelamos tener patria, solo la obtendremos siguiendo la vida ejemplar de Bolívar.

ORO SOBRE ACERO

Contaba Simón Bolívar tres años de edad cuando murió su padre, don Juan Vicente Bolívar. Contaba nueve, cuando quedó sin madre. Su segunda infancia transcurrió bajo los cuidados cariñosos de parientes y tutores, pero no conoció la ternura vigilante de sabor inconfundible, don y secreto de los buenos padres.

Todavía lejos de la mayoría, su juventud ansiosa de afectos se fijaba en Teresa del Toro. Apenas iniciado aquel amor con toda la idealidad de una adolescencia apasionada, cuando ya quiso hacer de Teresa su esposa. Las personas prudentes de la familia opusieron el reparo de la corta edad del pretendiente. Temían acaso, más que a la inexperiencia, a la versatilidad de la juventud. Se equivocaban, porque todavía no había sido puesto a prueba el temple de acero del carácter de Bolívar. El matrimonio se realizó por la tenacidad imperiosa del joven enamorado, pero duró poco. La muerte se llevó a Teresa y Bolívar volvió a quedar huérfano de esos afectos más íntimos, más estrechos que los otros afectos de hogar, sabios ardides de la naturaleza.

Podía creerse que su vida estuviera condenada a la sequedad individual, apta no más para el combate, para las hecatombes de la guerra, para los afanes de la política, para las decepciones y el desencanto que engendra el gobierno de los hombres. Le fueron casi desconocidas las satisfacciones del cariño filial. Las del amor alto y desinteresado. También le fueron negados los pequeños y los grandes halagos, los pequeños y los grandes deberes de la paternidad. Su posición de superioridad espiritual y política lo condenaba también al aislamiento sentimental. Odiado por sus enemigos y rivales, adulado por los cortesanos del éxito, a quienes servía la grandeza real del objeto de su adulación, y no engañado porque su espíritu crítico sabía desentrañar la admiración sincera y la adulación falaz, podía temerse que fuera al fin uno de esos espíritus resecos en cuyas grandes empresas no halla cabida la ternura, que nos imponen el movimiento de sorpresa de lo grandioso, que se hacen admirar, pero no inspiran el amor ni la simpatía humana. Bolívar, por el contrario, no vuelve la espalda a las entrevistas satisfacciones perdidas pronto en su infancia y en

su juventud. No se avergüenza de exhibirlas. Ni las juzga lunares de su grandeza. A la inversa de los hombres mediocres, pagados de una elevación que no merecen, comparte el aprecio del tesoro íntimo con las vidas modestas, nacidas, no para los grandes lienzos al óleo, sino para los tintes delicados de la acuarela.

¡Si Bolívar hubiera tenido hijos! La historia los conocería. ¡La ternura del padre hubiera desbordado en documentos preciosos y nos habría dado los más íntimos secretos de su alma! Hemos perdido los caminos que nos hubieran revelado la fuente del río, del gran río, corriente sobre masas de granito y de hierro, cargado de arenas de oro. Quizá la falta de padres y de hijos engendró su tristeza incurable. Quizá la ausencia de ese mundo, la de la esposa amada en la adolescencia, lo llevan a buscar en amores, no amoríos, el espejo de ternura donde pudiera verse de alma entera el gran solitario. Quienes le han bautizado de don Juan, lo han injuriado. ¡Cuán lejos del vanidoso don Juan, del vacío donjuanesco, del soso tenorio el denso espíritu bolivaresco, el sincero impetuoso; cuya gloria y cuyo perfil cesáreo arrastran a las mujeres! Bolívar, cambiante por sincero, se da íntegro en cada momento.

No tiene padres, Bolívar. No tiene esposa. Atrás quedaron sus tumbas en Caracas. El huérfano viudo ha corrido sobre el continente, consagrado a su empresa. Su regreso a la tierra nativa en 1827 no es solo el regreso material. Es más que un regreso simbólico. Es el retorno a las más queridas emociones de su infancia y de su adolescencia. Debieron de comprenderlo así quienes se esforzaron por ofrecerle agasajos familiares. El Libertador aprovecha su estada en Caracas para pagar deudas de hijo y esposo. Como el más humilde ciudadano, llena las formalidades usuales para honrar la sepultura de sus muertos.

Caracas, sentada sobre sus ruinas gloriosas, le arranca las más punzantes notas de elegía. Cuando desde Bogotá anuncia a Páez su viaje a Caracas, toma acentos de fervor irritado al proclamar su amor a la tierra nativa. Su carta es la del político que va a hacer el mayor sacrificio —el de su gloria— para salvar la obra de su vida. Es también la tristeza del hijo que ha estado lejos de la tierra madre, la “que ha compuesto su cuerpo y su alma de sus propios elementos”. Hay también la sospecha de que la tierra nativa vaya a cobrarle con despego o desvío su devoción por otras tierras.

No escondió Bolívar los afectos menudos. Fue siempre humano. No por ser grande entre grandes, se divorció de la ternura. Ternura de hombre fuerte sin delicuescencias, ternura del hombre que dictó la proclama de Trujillo. Asoma la ternura en sus cartas íntimas y el verbo terrible se impregna de melancolía y suavidad. En medio de las mayores preocupaciones públicas, tiene tiempo de acordarse de las vidas más modestas que dependen de su generosidad y de su bondad. Se preocupa por la educación de su sobrino. No olvida en su grandeza a Iturbe ni a Correa, a ninguno de sus bienhechores de otra época. Ni a la humilde esclava que cuidó de su infancia. Ni al maestro que alumbró su camino de Libertador. Es el hombre grande por dentro, tanto como lo es por fuera. Es el hombre de las tremendas sentencias. Es también el hombre de las delicadas ternuras. La espada que le ofrenda el Perú es simbólica de su personalidad. Hoja de acero. Empuñadura de oro.

EL ETERNO DISCÍPULO

Todos vosotros conocéis ese tipo de hombre suficiente, que se basta a sí mismo, que todo lo sabe, y cuando no sabe algo, lo adivina, según dice con su tanto de sorna la musa popular. Todos vosotros conocéis ese tipo, demasiado común en nuestra tierra y que ha causado infinitos males a nuestro país. El tipo del “sabelotodo” se llama, con un término más aristocrático, el empírico.

Al empírico y al empirismo se les deben los más bochornosos fracasos, los perjuicios más graves y las situaciones más ridículas. Se les deben los planes absurdos, las medidas ilógicas, las resoluciones irreflexivas, que se llaman entre nosotros salidas de pata de banco. Gran parte de las desgracias de nuestra vida nacional se deben al empirismo, al desconocimiento de las razones fundamentales que rigen la marcha de las sociedades, de las empresas y de las industrias; en fin, a la ignorancia petulante, vestida de suficiencia. Si yo fuera a presentaros ejemplos de lo que digo, tendría que recorrer gran parte de nuestra historia nacional. Pero no se trata de eso. Quiero alertaros contra la vanidad frecuente que nos lleva a creernos más capaces de lo que somos, a prescindir de enseñanzas ajenas, a fiar el buen éxito de una empresa a nuestro seguro olfato, a la intuición, en fin, a la adivinación. Resulta que no hemos previsto nada, que las cosas no son como las imaginábamos y que pagamos con el fracaso. Peor aún, cuando el fracaso no lo pagamos nosotros solos, sino que lo pagan quienes tuvieron confianza en nosotros o aquellos sometidos por fuerza a la impericia de nuestros actos.

De paso debo advertiros que no confundáis ese empirismo, que es vanidad e ignorancia, con el empirismo científico, del cual ya os habrán hablado vuestros maestros. El empirismo científico es el sistema de la experiencia sometida a disciplina, el sistema de la paciencia, la observación y el raciocinio, cuando el empirismo vulgar es el de la improvisación y la aventura.

Entre vosotros mismos habrá de seguro bastantes del tipo suficiente. Un proverbio nuestro dice que los golpes enseñan. Quiere decir que los fracasos aleccionan. Sin duda, muchos de

vosotros se corregirán después de paladear una, dos, quién sabe cuántas veces, el poco agradable plato de la derrota. Habrá también algunos incorregibles. Yo hablo con los primeros. Y si la buena suerte sonríe a los segundos, sabed que son grandes los hombres y los pueblos solo cuando deben el éxito al esfuerzo bien dirigido, antes que a los caprichos casi siempre versátiles de la fortuna.

Para excusar el estudio, la inteligente humildad que nos lleva a oír y aprender de quienes tienen algún motivo para saber lo que ignoramos, se apela a una palabra capciosa: al genio. Tal joven no necesita del estudio: lo suple con el genio. ¿Para qué estudio? ¡Si es un genio! Claro que el genio existe. Pero ¡es tan raro! Sonreíd cuando en un país los genios menudean. Es como si viéseis una dama recargada de diamantes del calibre de huevos de paloma. Sonreíd: son falsos. Además, el genio suele señalarse por la gran voluntad unida a la penetración excepcional. El genio estudia, y estudia más porque comprende más. Hasta ha habido quien niegue al genio como calidad, y un escritor cuya sentencia todos vosotros habéis oído citar, lo ha definido: una larga paciencia. No tanto. La mera paciencia no logra las maravillas del genio. Lo remeda, lo suple en los momentos normales; pero llega cuando llega por espirales sucesivas adonde el genio bien preparado y bien dirigido llega de un solo recto vuelo.

Y hay que resignarse. El genio es raro.

Nuestro país ha producido un genio, de los más caracterizados y de los más cabales. Bolívar es un genio. Su persona, su obra, su palabra, su vida llevan el sello de la genialidad. No es poca honra para Venezuela, para la América española, para la cultura latina, haber producido un genio tan múltiple como Bolívar. Ahora, es necesario no desfigurarlo a Bolívar. Porque muchos quieren descargarse de sus limitaciones y de sus incapacidades con el inmenso genio de Bolívar. Lo calumnian.

Lo pintan como empírico que se abandonaba a las adivinaciones de su genio. Nada más falso. El genio no basta para explicar los aciertos de Bolívar. La verdad es que Bolívar estuvo preparado y se preparó cada día para la obra que realizó. Tuvo en su niñez buenos profesores: los mejores profesores de que disponía la atrasada Colonia. Tuvo un maestro excepcional en don Simón Rodríguez. Antes y después de crisis de sentimiento y de juventud, estudió y aprendió en Europa. La luz de su genio alumbraba los libros que leía. Y leyó siempre. Por las noches, en su campamento, leía hasta la

madrugada. No por ciertos libros de recreo, sino las altas obras de la literatura, del arte de la guerra y de la historia. En el templo, ya en pleno triunfo, en plena gloria, leía mientras seguía las ceremonias religiosas. ¡Improvisado, improvisador él, tan lleno de previsión y de cálculo! Tuvo, con el genio, la larga paciencia.

Y pocos tan humildes, con la humildad de la sabiduría, como ese genio, uno de los mayores de la historia humana. Sabe lo que debe a sus maestros. Quiere poblar de maestros todos los rincones de su vasto país.

¿Quién es ese hombre que en un pueblo del Perú, febril de cuerpo y de alma, piensa, escribe, dicta cartas y órdenes, está entregado por entero a su obra? La suerte de un pueblo, de un continente, del porvenir de una idea están pendientes de él. Ya es célebre. Ya su gloria resuena en el mundo. Todos los hombres amantes de la libertad sueñan con su triunfo. Está en una casa, en un pueblo. Parece indiferente, extraño a todo lo que no sea su trabajo. ¿Quién es ese viajero humilde, de aspecto huraño y extraño que llega en modesta cabalgadura, tan extraña, tan humilde como él? Ha llegado a la casa donde trabaja el grande hombre. Se ha desmontado, ha preguntado, ha revelado su nombre. Un edecán ha ido a decirlo. Aguarda a que lo hagan entrar. Pero el grande hombre no espera. De un salto ha dejado sus papeles, sus planos, sus amanuenses, y se ha lanzado a la puerta de la calle. Y abraza, lleno de emoción sincera, al visitante. El hombre que sale es el Libertador de América. El humilde viajero que llega es don Simón Rodríguez.

Releed la carta de Bolívar a su maestro, al saber que está en América. Es uno de los más hermosos documentos que haya sido escrito por un grande hombre. Quizás Bolívar exagera la acción de Rodríguez sobre su genio. ¡Admirable exageración! ¡Cuánta grandeza, cuánta nobleza, cuánto empeño en achicarse ante el filósofo, él, el grande hombre del pensamiento y de la acción! ¡Y cómo no logra empequeñecerse, sino que se hace mayor por la magnanimidad, la gratitud y la viril ternura del discípulo!

Ahora podéis reír de los petulantes de ciencia infusa que nada les deben a sus maestros, y los miran por encima del hombro. Bolívar os enseña cómo se puede ser el eterno discípulo, cómo se puede llegar a lo más alto de la gloria humana sin renegar la deuda de sabiduría y gratitud que el niño contrae, y sabe pagar después el hombre de verdadera grandeza.

PADRE Y MAESTRO

No hay constancia alguna de que Simón Bolívar hubiese congregado jamás un grupo de jóvenes para enseñarles un arte o una ciencia. Ni siquiera de que revistiendo autoridad semejante a la paterna hubiese dado lecciones a alguno de sus sobrinos. La idea de Bolívar maestro parece extraña a su vida inquieta, a su corazón fogoso y a la misma incansable movilidad de su persona. Sin embargo, fue un maestro. El más grande que hayamos tenido. Y no solo con la enseñanza indirecta emanante de su vida y de su obra, que es fundamento de este librito. Bolívar tuvo la vocación del maestro. Lo fue en todas partes y en los más graves momentos. Lo fue con segura conciencia, queriendo enseñar y sabiendo muy bien qué enseñaba.

¿Qué son muchos de sus mejores documentos sino verdaderas lecciones dadas a los pueblos, a los subalternos, a sus propios compañeros de armas? El *Manifiesto de Cartagena* es una lección sobre el arte de conducir las revoluciones. El *Mensaje de Angostura*, otra lección sobre el objeto del gobierno, sobre el arte de asegurar la justicia, la libertad, el bienestar y el natural desenvolvimiento de los pueblos. Con esos y otros documentos suyos podría formarse una excelente compilación y bautizarla con el nombre de “Lecciones de un gran maestro”.

No debe sorprendernos que así sea. Los hombres de acción dejan, hasta sin percatarse, aun de modo involuntario, la enseñanza de sus vidas. Son maestros, mal de su grado. Bolívar fue más que un hombre de acción. Su voluntad, su actividad, estuvieron subordinadas a una idea. Fue hombre de pensamiento y tuvo también la expresión. Tuvo el verbo. Ved reunidos en un solo hombre, el pensamiento claro y firme; la voluntad resuelta; la expresión neta, apasionada, flexible, coloreada, ajustada al momento y al objeto; enérgica y severa unas veces, acariciadora, persuasiva, otras; en todo caso precisa y concisa. Ved tales cualidades vigorizadas por el estudio y la experiencia; vedlas envueltas en el fino espíritu intuitivo del corazón humano, y en particular de aquellos a quienes se dirige. Ved iluminado ese conjunto por

el ánimo de que los demás vean y palpén con nitidez lo que el espíritu altividente está viendo y palpando: tendréis un educador, un maestro.

Hasta en el procedimiento de su expresión, Bolívar aplica métodos pedagógicos. No se detiene a razonar los conceptos que estima evidentes por sí mismos. No oscurece con inútiles desarrollos la idea que ha expresado con toda claridad. Toma por esto en ocasiones el tono dogmático. “La gloria consiste en ser grande y en ser útil”. “El talento sin probidad es un azote”. “El alma de los esclavos se adormece en las cadenas y se exalta en los tumultos”. De tales pensamientos se han sacado colecciones de sentencias, verdaderos códigos de altruismo y moral colectiva.

Mas, cuando se requiere explicación, él sabe darla, tan neta, tan vívida, como cuando formula dogmas y sentencias. Siempre deja ver su aspiración a convencer, a persuadir, a ser comprendido. Hasta en sus órdenes, él, que también sabía hacerse obedecer, deja entrever al maestro. La razón de la orden va envuelta en ella con suma habilidad. Hijo del siglo razonador, no quiere creyentes fanáticos, sino discípulos fieles. Guía de una sociedad que aspira a ser libre, no quiere esclavos ciegos a quienes mandar, sino ciudadanos conscientes a quienes conducir.

Cuando frente al sitio de Valencia, da a Urdaneta la orden tremenda: “Defenderéis a Valencia, ciudadano general, hasta morir”, no obstante saber a quién la dirige, justifica en una sola frase el sacrificio que pide y ordena: “Porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República”.

Da severa reprimenda a un conmitón distinguido, y en cada severidad va explícita la razón de ella:

No me ha parecido bien que usted haya abierto mis cartas confidenciales de Santander y Peñalver. Las cartas confidenciales son sagradas para todo el mundo, porque son secretos de otros que no se deben confiar... Quiero que el servicio se haga oficialmente, y no por cartas, pues las cartas no son documentos públicos, que deben siempre aparecer. Yo detesto ese modo de entenderse, pues no hay medio de contestar oficialmente una carta, sino por irregularidades chocantes, no quedando documentos sobre que recaigan las resoluciones. Las cartas son muy buenas, pero los oficios también.

Atenúa luego la dureza de las lecciones, y agrega para concluir: “Deseo que usted lo pase bien, que trabaje mucho y que digiera las incomodidades que le doy y la parte desagradable de esta carta”.

Da orden de invitar a su mesa particular de Libertador, de presidente y de grande hombre a un oficial ineducado. Se le observa que el oficial, por su incultura, faltará a las conveniencias. No importa: Bolívar lo invita. En la mesa, el oficial justifica los temores. Comete involuntarias faltas de mala educación. Algunos le hacen observaciones duras. Bolívar reprende con suavidad a los censores, y con entonación tolerante advierte al oficial cómo se hacen las cosas. Después de la comida, ido el oficial, alguien adelanta que no será posible admitir otra vez en la mesa del Libertador al infortunado. “Todo lo contrario –replica Bolívar–; lo invitaré a que venga todos los días y haremos su educación”.

Hay un documento que sobresale entre los más acabados del Libertador. Quizá nunca se reunieron en un conjunto armonioso, como en ese documento, las cualidades de pensamiento y de elocuencia de Bolívar. Todas las cualidades de su estilo están allí dirigidas a un grande objeto. Esclarecer, convencer, demostrar. Y es una lección. Lección modelo. Lección del gran maestro al mayor y más amado de sus discípulos. Lección de padre al más grande de sus hijos...

Sucre, el general de Pichincha, el político generoso y hábil diplomático, se ha sentido lastimado por una orden de Bolívar. La ha cumplido. Ahora, satisfecho el deber de disciplina, se queja ante su jefe en carta admirable de dignidad y franqueza. Sentimos “dolor por el dolor de Sucre” y estamos casi resueltos a darle la razón. Ahora Bolívar habla a su vez. Responde a su teniente, a su amigo, a su hijo. Desvanece los cargos, aclara las razones de su orden. Pone el interés de la patria por sobre la delicadeza individual. Habla a la razón, al sentimiento. Pone severidad en el concepto y ternura de padre en el acento. El tono cambia según la fibra que toca. Y triunfa. Sucre sale honrado en el alto grado que él se merece. Bolívar, engrandecido. Sucre, el vencedor de Pichincha, queda vencido, pues no insiste en sus quejas. Solo tan gran maestro podía dar tal lección al futuro mariscal de Ayacucho.

Padre y maestro, educador de hombres y pueblos. No dejará de serlo ni a la hora de la muerte. Al contrario. Reunirá todas

sus fuerzas de moribundo, se empinará sobre la cátedra de sus sacrificios, de sus dolores, de toda su grandeza, para gritar a sus compatriotas en el momento supremo de la despedida, con acento en que se funden el maestro y el padre, la suprema lección: “Unión, unión, o la anarquía os devorará”.

Vio con toda claridad, desde los primeros momentos, que el problema fundamental de su América es problema de instrucción y educación integral. Ese problema se avenía a maravilla con su genio altruista, con su espíritu de abnegación, con su visión de porvenir, con su ansia de creación; con todo, en fin, lo que forma lo más hondo de la vocación de maestro. Y junto con ser padre de naciones, esa primera etapa del educador, quiso ser maestro de las patrias apenas nacidas, segunda etapa de paternidad. Quiso educar hombres y pueblos. Traza el plan de la educación de su sobrino. Traza el plan de un periódico, educador de públicos y muchedumbres. Él quisiera multiplicar el número de maestros para acelerar la educación de todos. Quisiera hacer de cada ciudadano, a la vez, un maestro y un discípulo. Protege la tentativa de Lancaster, quizás sin parar mientes en su técnica, solo porque se llama *De la educación mutua*. Nos señala el deber que tiene cada ciudadano en países atrasados e ignorantes.

Quiso educar a todos, desde el rústico oficial que sienta a su mesa, hasta los pueblos que ha sentado a la mesa de las naciones.

EL APÓSTROFE

En medio del pánico general producido por el terremoto de Caracas, el 26 de marzo de 1812, Simón Bolívar trepa sobre las ruinas del templo de San Jacinto y profiere como un reto a los enemigos de la revolución la frase inmortal: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”. José Domingo Díaz, el enemigo irreductible, la califica de demencia y de blasfemia.

Pudiera parecerlo, si la historia de la civilización no representara en realidad la historia de la lucha del hombre con la naturaleza. Luchando contra ella, el hombre se ha adaptado a los más diversos climas, ha marchado por sobre las aguas, escalado las montañas, conquistado el aire, armado sus ojos débiles e imperfectos con el telescopio y el microscopio para divisar los mundos remotos y el mundo de los imponderables. Es la propia naturaleza la que ha puesto en él ese germen de reacción, brindando a la inteligencia los medios de satisfacerlo. El hombre se hace obedecer de la naturaleza oponiendo leyes naturales a otras leyes naturales. Oponer al frío la mala conductibilidad de las pieles y las lanas. A la luz fuerte, la opacidad. A la movilidad de las aguas, la ligereza de la madera, los pesos livianos en los grandes volúmenes. Ha logrado que la pesantez lo impulse hacia arriba, aprovechando el empuje de los gases y la resistencia del aire. Se ha construido así un mundo suyo, amenazado siempre por las fuerzas libres de la naturaleza. Es toda la obra de la inteligencia y de la voluntad.

En las ruinas de San Jacinto, Bolívar es formidablemente humano. Es el hombre, fuerte por la conciencia de lo que puede frente a la naturaleza. El carácter en medio del pánico. El valor genial frente al miedo. La fe, de frente a la duda. Los hechos le dieron toda la razón. Nunca apóstrofe al parecer más jactancioso fue mejor justificado.

Fortaleció su propia naturaleza física, e hizo del petimetre otrora seducido por los placeres de París y de Londres, el jinete infatigable, admiración de los llaneros. Arrostró las grandes penalidades de la emigración: los caños, las fiebres, los páramos.

Cuando, partido de las orillas del Orinoco, escaló los Andes con tropas de los llanos y desafió las alturas frías, con gentes de las tierras cálidas, Bolívar estaba repitiendo el apóstrofe de San Jacinto. Y cuando, por sobre penalidades increíbles que pasman a los críticos militares y a los viajeros, remata la campaña de Boyacá, puede bien decir: “Se nos ha opuesto la naturaleza. La hemos vencido y hecho que nos obedezca”.

Aquí tenéis uno de los mayores ejemplos de la vida de Bolívar. Para nosotros, venezolanos, tiene valor capital. Los fantasistas y los líricos nos dicen que hemos sido favorecidos por la naturaleza. Burda mentira puesta al desnudo cada día por la realidad. Nuestra naturaleza venezolana, fuerte, exuberante, es nuestro mayor enemigo. Necesitamos gran copia de carácter, inteligencia, estudio, constancia, para vencerla. Somos débiles ante ella. Necesitamos fortalecernos como lo hizo Bolívar. El porvenir que soñamos para nuestro país no lo alcanzaremos sino después de larga lucha con la naturaleza. Se abrirá para nosotros cuando podamos decir, a ejemplo de Bolívar: “Hemos vencido a la naturaleza”. Entre tanto, hagan suyo vuestra generación y las que vienen el apóstrofe de San Jacinto: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

TRINOMIO FUNDAMENTAL: SOÑAR, PROYECTAR, REALIZAR

SOÑAR

Es anticipar un futuro mejor. El sueño puede ser individual y manchado de egoísmo. Si anticipa una mejora para el individuo, capaz de hacerlo más apto, si la mejora no es antisocial, el sueño, sin ser un gran sueño, es legítimo. Al fin de cuentas, la mejora social de los individuos concluye en mejora colectiva. El mayor valor de los sumandos engrandece la suma. Vosotros, jóvenes, tenéis el derecho de soñar así.

Cuando el sueño, sin dejar de ser individual y egoísta, se entrelaza con sentimientos altruistas, comienza a ganar en nobleza e importancia. El joven profesional aspirante a mayor aptitud para elevarse y ganar crédito, consideración y proventos; aun el artista y el hombre de ciencia, aspirantes a saber por el placer de saber y elevar su pensamiento, cumplen una función moral y no tienen por qué avergonzarse de su sueño. Si a la vez sueñan con poner sus aptitudes, sus ganancias espirituales al servicio de su país y de la humanidad, su sueño se sale de ellos y entra en el más alto nivel del sueño colectivo.

Simón Bolívar, apenas adolescente, comienza a soñar. Sueña, primero, con el amor idílico, la novia cándida y pura, la suave felicidad del hogar tranquilo. Sueña con reconstruir el ambiente que la vida le negó al arrebatarle a sus padres. Sueña —el sueño que nunca lo abandonó—, sueña tener hijos y ser para ellos el padre amoroso que él apenas tuvo. Sueño de adolescente, todavía informe; sueño individual, candoroso y egoísta.

Roto este período de sueño por la adversidad, Bolívar comienza a soñar de nuevo. Ahora, sueña con el lujo, el esplendor, la gloria. Sueños vagos y todavía abstractos, en apariencia más egoístas que los primeros. Observad, sin embargo, que Bolívar sueña ya con la gloria. La gloria, si egoísta, no es gloria: es vanagloria. Pero, a la reciedumbre que comienza en Bolívar, no le satisface la vanagloria. El fausto, el oropel lo cansan pronto y busca a tientas satisfacer la más honda y luminosa preocupación de un alto espíritu: dar un objeto a su vida.

¿En cuál momento se ofrece brillante y neto al pensamiento de Bolívar, el grande, el único objeto de su vida? Para suplir el silencio de la verdadera historia, la fantasía supone la aparición dramática, el estallido del rayo, el deslumbramiento. El juramento del Monte Sacro, acto severo y sencillo, ha servido a la fantasía detonante para improvisar una escena de ópera.

Los fantaseadores olvidan que Bolívar mismo, en la famosa carta a su maestro, dice con toda claridad: “Fuimos juntos al Monte Sacro a jurar la libertad de América”. A realizar un propósito deliberado y decidido de antemano. El juramento del Monte Sacro es la revelación externa y solemne del sueño larga y lentamente elaborado. El pronunciamiento de votos que han llegado a los labios después de haberse revuelto muchas veces en el pensamiento y en el corazón. Es más grande aún, y armoniza en su lenta gestación con el secreto de su larga durabilidad.

La fantasía ha inventado que Newton ideó la teoría de la gravitación universal viendo caer una manzana. La crítica halla que el sabio genial llegó a su gran concepción, pensando siempre en ella.

Los sueños de Bolívar, por transformación ascendente, han llegado al sueño colectivo. El sueño de él es y será el sueño de millares de hombres, sueño de millares de sus contemporáneos, sueño de generaciones por venir. Soñarán con la libertad de América, la dignificación de América, el engrandecimiento moral y material de América.

No es dado a todos los jóvenes alentar sueño tan grande y con tanta intensidad como Bolívar. Porque él era grande en espíritu, y la magnitud de su sueño estaba a la medida de su gran espíritu, cual estaba su espíritu a la medida de su sueño.

Forjad, vosotros, vuestros sueños a la medida de vuestros espíritus. Coronad, si lo podéis —y la mayoría de vosotros lo podrá—, coronad vuestros sueños individuales con el sueño colectivo. Ya por el hecho del engrandecimiento y la mayor nobleza de vuestro sueño crecerá vuestro espíritu. El gran sueño colectivo es un río caudaloso. Los que no podáis ser río, sed, al menos, el arroyo afluente que lleva lo que tiene, el modesto y valioso tesoro de sus aguas límpidas, a la gran corriente. En el caudal de los grandes sueños humanos correrá inadvertido, pero real y poderoso, el caudal de vuestros propios sueños.

PROYECTAR

Noble es soñar y soñar en grande. Mejor en todo caso que vivir adherido a los días presentes sin dirigir el espíritu hacia días y niveles más nobles. Con todo, el sueño no basta. Es apenas la primera etapa de un largo camino. Por cuanto implica un progreso interno, merece nuestra simpatía y nuestro respeto. Merece más nuestra gratitud y nuestra admiración cuando pasa de sueño, se proyecta hacia afuera y comienza a ser acción.

Algunos creen haberlo hecho todo porque sueñan o han soñado. Mientras otros realizan, sienten ellos consuelo y hasta orgullo en decir: “Yo había pensado en eso”. La colectividad reserva apenas una flor para los que solo han soñado. Para los que han luchado y padecido por su sueño, guarda las coronas de laureles, las de bronce, y aun las de espinas, ligeras unas, pesadas otras, glorificadoras siempre.

Hay una clase de soñadores de indiscutible alteza. Para ser de ellos precisa poseer cualidades de excepción. Son los hombres de gran sinceridad, hondo pensar, verbo encendido o preciso, que empujan las voluntades ajenas en el sentido de su sueño. Predicar así es actuar, porque de su impulso nace la acción.

En el campo modesto señalado a los más, el peldaño inmediato superior al sueño es proyectar. Proyecto es prólogo de realización. El sueño apenas tiene contacto con la realidad objetiva. El proyecto comienza por tener cuenta de la realidad, medirla, pesarla, analizarla.

Es, por supuesto, un grado de elevación. Pide mayor esfuerzo, conceptos claros, virtudes más concretas que las del brillante soñador. En el proyectar se pone a prueba el temple del carácter, la densidad del pensamiento, el espíritu crítico, la claridad de la visión. Bolívar tiene todo esto. Proyecta para las circunstancias inmediatas. Proyecta para las circunstancias remotas. Remotas en el tiempo y en el espacio.

Los proyectos son para él solo capítulos de la obra gigantesca a la cual se ha consagrado, etapas de un itinerario previsto, a cuyo extremo, remoto, están la libertad, la dignidad de América. “Mientras haya que hacer, nada hemos hecho”. Es su concepto de la obra integral. Queda para otros, ilustres servidores del ideal americano, mas sin la visión amplísima del Libertador, conformarse con realizaciones parciales, descoyuntadas entre sí por falta de la visión de conjunto. Él resume todos esos ideales en el

enorme suyo. Por eso, no descansa. No puede descansar. Siempre falta por hacer, y es como no haber hecho nada. Bogotá, Caracas, Quito, Lima, el Cuzco, cada una es la base para la etapa que sigue. Punto de apoyo para el inmediato esfuerzo.

Cuando escapado del desastre de la Primera República venezolana, poco brillante aún, pobre de autoridad, expone sus miras, ya en su espíritu están eslabonados los proyectos parciales, trazada la cadena de realizaciones. Con tal claridad, con tal lógica, que espíritus reflexivos comprenden al punto, no ya el fuego generoso del soñador y del apóstol, sino también la trabazón férrea del proyecto, la estructura de la obra, el edificio concreto de inevitable coronación.

Halla protectores eficaces porque lo han comprendido. Son hombres de Estado, capaces de medir las dificultades y los medios para vencerlas. Esto es lo que Bolívar les pide. Dénselo, que él sabrá emplearlos. Ellos se los dan, porque han visto del brazo, junto con el soñador, al hombre de pensamiento y de realidad, clara y larga la mirada, fuerte el puño; al proyectista audaz pero calculador, extraño a visiones inconsistentes, matemático de la vida, apreciador justo de los valores de las ideas, los hombres y las cosas.

Pintar al Bolívar que proyecta, al Bolívar que condensa sus sueños, al Bolívar que a la luz de su genio forma planes, los ordena y los prepara, es pintar el mayor de los hombres de excepción que conviven en su personalidad, es hacer la relación de su vida y de su obra. Allí reside todo él. Si ese Bolívar, a la vez subjetivo y objetivo, hijo del ensueño y de la realidad, no hubiera coexistido, tendríamos un fantaseador y un poeta, no un Libertador.

Hemos tenido en Venezuela, después de Bolívar, hombres ilustres que amaron la patria, la sirvieron y son parte de nuestra herencia de orgullo. No estamos escasos de hombres que poseyeron grandes aptitudes de sueño y las desplegaron como una bandera. Hemos poseído hombres fuertes y hombres de pensamiento y de virtud. Han solido faltarnos los caracteres completos, donde las facultades, quizá con menor intensidad, pero con mayor lógica y armonía, se compartieran el dominio de la acción. Hemos tenido con frecuencia las mejores aptitudes, no concentradas en una sola personalidad, sino esparcidas en personalidades distintas. La falta de conjunción entre tales aptitudes

nos ha costado caro en muchas etapas de nuestra historia. Produjimos hombres incompletos, o mal equilibrados, o disociados, o constituidos en proporciones inarmónicas. No han estado, no podían estar, como estuvo Bolívar, a la altura de las más variadas circunstancias. Les faltaba la comunión entre el ideal y la realidad. Tuvieron exceso de lirismo o exceso de practicismo, no la íntima conexión que hace a los grandes civilizadores, los grandes estadistas, los grandes reformadores.

Alentemos la ilusión de que, en generaciones sucesivas, se multipliquen los hombres del tipo de Bolívar, los hombres completos, en profusión al menos comparable con la profusión de imágenes materiales del Libertador.

REALIZAR

Las historias corrientes nos relatan la obra de Bolívar. La consagró el éxito, y una admiración justa la dilata y la dilatará más de siglo en siglo. Deslumbran los hechos a las muchedumbres, y aun los hombres que se juzgan extraños a la muchedumbre se inclinan ante los hechos. El éxito es la primera razón de su admiración. Conviene a los más jóvenes estudiar la vida de Bolívar sin idolatrías. Estudiarla, comprenderla y admirarla después. Conviene comprender que la obra de Bolívar es un resultado. Resultado lógico de las fuerzas condensadas en el Libertador. Entonces, la obra es una consecuencia, y nuestra admiración se vuelve hacia la justeza y la grandeza de las premisas. Se refiere que el descubridor de Neptuno, luego de precisar por el cálculo la necesidad de su existencia, fijó el punto del cielo donde debería encontrarse. Tan seguro estaba de la consecuencia, que no se dignó siquiera apuntar al cielo un telescopio para comprobarla. Otros lo hicieron por él y comprobaron el triunfo ruidoso del pensamiento y el método.

Cuando presenciamos el triunfo de un virtuoso de cualquier arte, nos entregamos al encanto del éxito y admiramos el resultado bello y armonioso. El joven artista que presencia, el soñador del propio triunfo por venir, se detiene a estudiar los caminos que aseguraron el éxito del artista admirado, la pincelada, el dominio de la técnica, la habilidad del acorde, el vencimiento de las dificultades, la vida de esfuerzos y contrastes del artista. Entonces la

admiración por la obra cede el primer puesto a la admiración de las virtudes que la realizaron. Es la ejemplaridad de la obra y de la vida.

Con razón sobrada se asigna a los que llegan muy alto en el desarrollo de su aptitud el renombre de maestros, aunque no sean profesores. Enseñan por su propia virtualidad. Su obra y su vida siguen siendo lecciones cuando el hombre que las da, vuelto polvo, no tiene ya otra voz que la de su ejemplo.

Sin la ejemplaridad, las grandes acciones, las grandes obras, carecerían de acción social. Proliferan, y así se dilatan en el tiempo. Ciertas radiaciones poseen la virtud de despertar –digámoslo así– nuevas radiaciones que sin las primeras no podrían producirse. De las personalidades grandes y útiles al desarrollo humano fluyen las radiaciones del ejemplo que despertarán nuevas radiaciones y prolongarán la acción de la personalidad.

Por su grandeza intrínseca, la obra de Bolívar no puede ser modelo para los jóvenes. De ella radia, y a torrentes, la ejemplaridad. Los caminos que la hicieron posible, los caminos del esfuerzo están siempre abiertos, y si no son siempre los mismos, su conocimiento adiestra para andar por los caminos nuevos y realizar la obra propia y adecuada al momento en que se vive. La ejemplaridad no está tanto en los resultados, como en los recursos y métodos que puso en acción.

Bolívar sueña, proyecta, realiza. Apura el trinomio fundamental. Soñar, proyectar, son premisas. La acción es la consecuencia. Sin ella la vida de Bolívar hubiera sido raciocinio inconcluso. No fue así. Fue hombre completo. Coronó la trilogía iniciada en su juventud, la trilogía en que deben inspirarse los jóvenes, la que hace grandes a los hombres y a los pueblos. Soñar, proyectar, realizar.

VALORACIÓN

Es poco probable que el hombre de acción desconozca su propio valer o lo tenga por inferior a la justa estimación. Tal desconocimiento implica timidez y conduce al titubeo, a la pusilanimidad, a la inercia. Suele suceder lo contrario. Los hombres de acción se juzgan superiores a su real capacidad, y pasándose de audacia se tornan irreflexivos y temerarios.

En Venezuela sobreabundan los hombres que se sobreestiman. Tal sobreabundancia de megalómanos es tan manifiesta que se ha hecho patente a nuestros propios ojos. Dichos y proverbios revelan esta situación de conciencia. “Si se compra a ciertos hombres por lo que valen, y se venden por lo que ellos creen que valen, se hace magnífico negocio”.

A no haber duda, un país de hombres audaces promete más para su propio adelanto que un país de timoratos. Pero la audacia de la inconsciencia y la irresponsabilidad constituye la más peligrosa de las cualidades, fecunda en fracasos, vergüenzas y catástrofes. Improvisadores sin talento, imitadores sin discernimiento producen, no ya el fracaso inmediato, sino lo peor y más trascendente: el descrédito de las ideas y el descrédito del noble impulso de acometividad, de iniciativa, de renovación. Para mayor desgracia, los estultos suelen ser los más pagados de su falso valor, los más vanos y peligrosos.

Vosotros pensaréis –y pensaréis bien– que es fácil aconsejar la propia valoración, pero difícil alcanzarla. Realizar el consejo del filósofo, conocerse, parece reservado a los más altos espíritus. Intentadlo al menos. Llevad buena cuenta de vuestros éxitos y de vuestros fracasos. Analizadlos con ánimo libre de vanidad y habréis adelantado en el camino del propio conocimiento.

Hubo entre nosotros quien se conoció y se valoró con justeza. Tuvo éxitos y fracasos. Sin moderar su actividad, su audacia, creció en claridad de visión y realizó la tarea que se impuso. Midió su capacidad de pensamiento y de acción, midió la magnitud de la empresa por realizar, y encontró que él estaba a la medida de la empresa y que la empresa estaba a su medida. La historia ha comprobado la justeza de tal valoración.

Bolívar pronuncia el juramento del Monte Sacro cuando no tenía ni derecho a la esperanza, y se consagra a la obra inmensa, cargada de incertidumbres y de arcanos. Brillante y solo posible en la grandeza del sueño. Se ha valorado. Se sabe capaz de maravillas. Ese concepto de su valer no lo abandona más. Temporalmente vencido, en Cartagena como en Jamaica, en Casacoima al igual que en Pativilca, desconocido, injuriado, sabe siempre lo que vale. Sus seguidores y sus émulos dudan de él en las horas adversas. Hasta lo culpan de los reveses. Él no duda un momento de sí mismo; más tarde, los otros reconocen su error y le vuelven centuplicadas su fe y su confianza.

Podéis medir cuánto gana en experiencia y en justeza sin mermar en audacia, comparando sus dos pasos de los Andes. Comparad la Campaña Admirable de 1813 con la Campaña de Boyacá en 1819. Son dos campañas brillantes, fulgurantes, coronadas de triunfo. Suma audacia en la marcha sobre Caracas, suma audacia en la marcha sobre la Nueva Granada. Mas el hombre que va a triunfar en los páramos al lado de un ejército veterano, ha crecido en experiencia, en previsión, en seguridad de sí mismo; ha ampliado su ambición y su horizonte. Después de Boyacá, su fe y su ambición continúan creciendo. Marcha hacia el Sur. Sabe que puede libertar a Quito y acomete la empresa. Sabe que puede retener a Guayaquil y lo retiene para Colombia. Sabe que él es capaz de refrenar la anarquía, imponer la autoridad, combatir al enemigo franco y de frente, reducir al enemigo interno, allegar recursos, castigar a los que arruinan el tesoro público, y acepta la tremenda misión de resolver los problemas de la liberación del Perú. Se siente capaz de encaminar a los pueblos hacia el honor, la probidad, la justicia. Quien ha vencido a la naturaleza, se enfrenta a la naturaleza de los hombres, a la ignorancia y veleidad de los pueblos. Quiere todavía más: llevar la libertad a Cuba; ¡llevar la libertad a España! No pudo ser. No podía ser. No hay fuerzas infinitas. Bolívar gastó la que poseía. Gigantesca, asombrosa, pero agotable. Nada se reservó para sí, y la enfermedad llega, cautelosa y astuta avanzada de la muerte. Ante la invencible, Bolívar se valora por última vez. Sabe que puede ver la muerte cara a cara, y sabe que puede ver también cara a cara la justicia de la posteridad. Ante la vida que lo deja, ante la muerte que lo abraza, ante la posteridad que divisa, como si la tuviera

al alcance de sus enflaquecidas manos, Bolívar parece decirles: “Supe valorar la fuerza que recibí de los poderes supremos. La he empleado toda. Tengo la seguridad de haberla empleado bien y sin reservas”.

Valorarse, y luego de valorarse, emplear a conciencia el caudal recibido. Todo hombre digno debe intentar asemejarse en esto a Bolívar. No hay que asustarse con la magnitud del modelo, ni excusarse con ella de cumplir el deber. En la semejanza de las figuras geométricas, la magnitud no es esencial. La pequeña figura puede ser semejante a la de proporciones astronómicas. El triángulo equilátero que un niño puede dibujar en una hoja de papel es semejante al triángulo equilátero formado en la inmensidad de los cielos. La esencia reside en los ángulos y en la proporcionalidad. Encaraos con la vida en vuestro pequeño o grande campo con el ángulo de Bolívar y dad a vuestros empeños y esfuerzos la justa proporcionalidad. Estaréis, como Bolívar, a la medida de vuestra obra, y vuestra obra estará a la medida de vuestras fuerzas. No se os podrá exigir mucho más. Porque estaréis a la medida de vuestro deber.

SUPERACIÓN

Después de haberse valorado en el firme deseo de hacerlo con justeza, conviene a vosotros y al bien colectivo dejar prudente margen de aspiración a mayor valor. Dar cabida a la posible superación. Porque si no la lográis, ni caerá gran ridículo sobre vuestro concepto, ni acarrearéis mayores males sobre vuestros empeños. Habréis seguido el buen consejo de Maquiavelo, fijando vuestra mira un poco más alto de donde dará vuestra flecha. Y si os superáis en efecto, habréis coronado vuestra labor y vuestros fines. El consejo es aplicable; cualquiera que sea el campo de vuestras actividades. Ya seáis artistas, hombres de estudio, profesionales, trabajadores, obreros, funcionarios, el empeño de superación debe acompañaros. Él os marcará el camino del éxito y del triunfo. Si carecéis de tal empeño, seréis de los vencidos.

Por dos caminos, ambos naturales, podréis llegar a la posible superación. Por la virtud del esfuerzo constante, paciente, de todos los días, con la vista fija en el propósito. Es el camino del diario ejercicio de las facultades, que adiestra y amaestra para mayores esfuerzos. Innúmeros hombres y mujeres que han hecho algo y decorado sus nombres con orlas de fama, lo han alcanzado por ese camino. Es el adecuado a los que poseen cualidades firmes, sin ser brillantes ni extraordinarios. Por él llegan muchos a confundirse con el genio. Sus obras suelen ser más sólidas y duraderas. La historia humana, que es con frecuencia la de los espíritus excepcionales, transformadores, creadores de nuevas luces y de nuevos faros, con frecuencia mayor es la obra de esos otros espíritus, sublimes trabajadores, del empeño constante, de la lenta superación. Y como los espíritus excepcionales han de ser raros por definición, podéis contaros con mayor seguridad entre aquellos para quienes la superación por el trabajo es supremo deber.

A fuerza de ejercicios físicos se cambia a los débiles en fuertes. Día llega en que ellos se asombran de lo que hacen y ayer no podían ni soñar con hacer. A fuerza de ejercicios, a fuerza de experiencias, artistas llegan a ser los virtuosos de su arte, investigadores arrancan teorías, leyes, inventos, al bloque compacto de la naturaleza.

Tampoco desdennan los hombres extraordinarios esa forma de superación. Newton encuentra la gravitación universal, pensando siempre en ella, perfeccionando sus cálculos con los datos nuevos. Bolívar no descuida la lectura eficaz. Lee en el campamento y dondequiera puede hacerlo. En la noche, la luz de su estudio compite con la luz de su genio.

Se da el nombre de virtuosos a los artistas que alcanzan la perfección en su técnica. La logran con el constante ejercicio de sus facultades. Por extensión, se puede calificar de virtuosos a cuantos logran la perfección técnica en cualquier actividad. Se puede ser virtuoso en las más diversas profesiones. La virtuosidad es el premio del esfuerzo constante de superación. El milagro de tres virtudes a lo menos: la humildad, la constancia, el trabajo.

Se llega a la superación por otro camino. Es como una explosión. En determinado momento, el trabajador se revela superior a su nivel mediano, a sus facultades ordinarias. Crece de pronto su estatura mental o su habilidad manual. El artista mediano produce la obra maestra. El experimentador encuentra la gran verdad. Alumbra de pronto el cerebro del hombre que piensa la idea trascendente, guía de un mundo mejor. Ha llegado el gran momento del trabajador, artista, escritor, sabio, hombre de Estado. Un solo momento, quizá. Tal momento le da puesto eterno en la admiración o en la gratitud de los hombres. Pensad, si sois ambiciosos, en la posibilidad del momento de superación para vosotros. No es cosa de milagro. La primera superación, la del lento esfuerzo, prepara en silencio para el posible momento glorioso. Es la acumulación de materiales capaces de arder. Si la chispa interviene, los hará entrar en ignición y llenará con sus luces las sombras de la noche.

No parece fácil encontrar en hombre de tan poderosas facultades, como fue Bolívar, momentos de superación. Pensó y ejecutó cosas tan extraordinarias, que resulta difícil aislar, como para el caso del hombre mediano, las cumbres de la superación. Su vida, su acción, se acercan más a la línea recta que a la curva ondulante, con máximos y mínimos. Si, empero, se intentare señalarlos, yo escogería cuatro momentos supremos. Son cuatro momentos de dolor y de desgracia. En medio del pánico del terremoto de Caracas, en las ruinas de San Jacinto. En San Mateo, cuando amenazado de perder la batalla, se desmonta del caballo y profiere la palabra

heroica: “Aquí moriré yo el primero”. En el espanto y el dolor de la emigración de 1814, levantando caídos, animando a los cansados, pasando a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a los enfermos, personalmente, a través de los ríos, incansable de uno a otro, cual un padre grande y bueno de todos, padre de todo un pueblo. En Santa Marta, al despedirse de la gloria y de la vida.

EL PRIMERO

Al igual que en muchos otros hombres, la juventud es en Bolívar agitación desequilibrada. No era su temperamento hecho para el equilibrio estático, absurdo modo de vivir en la quietud de la inercia. Precisaba para la potencialidad de su espíritu otro género de equilibrio, el equilibrio inestable, oscilante perpetuo entre el logro y la ruptura, el equilibrio dinámico donde la potencia vence la resistencia y se produce el movimiento, la acción, la vida. El juramento del Monte Sacro señala el momento en que el espíritu de Bolívar encuentra el equilibrio dinámico. La fuerza genial, antes versátil, se fija. Frente a Roma, pensando en lo que fue, en lo que es, en lo que será, Bolívar se ha preguntado: “¿Para qué sirvo?, ¿qué voy a hacer en la vida?”. Y supo responderse. La historia prueba que la respuesta no fue presunción de juventud, sino revelación de una potencialidad que vencería las resistencias.

En proporciones justas, por modestas que sean, todo joven puede y debe tener su Monte Sacro espiritual. Llega el momento en que debe, frente a la vida desplegada e incógnita para él, preguntarse como Bolívar: “¿Para qué sirvo?, ¿qué voy a hacer en la vida?”. Dichosos vosotros si os hacéis tal pregunta y sabéis responderos. Dichoso el pueblo en que las respuestas comprueben el propósito lúcido de voluntades capaces de medirse a sí mismas.

Desde las primeras tentativas de la revolución, Bolívar se señala. No es, ni por su edad, ni por las circunstancias, el primero. Ya es mucho estar entre los primeros.

A partir del *Manifiesto de Cartagena*, es el primero por la visión política y el vigor del concepto. Todavía no lo es por la acción. Se pone a las órdenes de jefes que son y resultarán inferiores. Tiene confianza en su fuerza. Va hacia el primer puesto, llevado de su potencialidad. Al llegar a Caracas y restablecer la República, alcanza el título de Libertador. Ya es el primero. No dejará de serlo nunca más. Lo será siempre, en los reveses como en los triunfos, acatado, desconocido, errante por las Antillas o al frente de pujantes ejércitos. Nunca más, en ningún momento, habrá otro más digno que él ni superior a él para dirigir y hacer triunfar la revolución.

Con el honor de ser el primero, van aparejadas las máximas responsabilidades. Por encima del honor está la función. Y la función es difícilísima. No solo hay que vencer las dificultades externas, las que presenta el enemigo, sino las internas, obra de las voluntades dispersas y bravías, las rencillas, las rivalidades, que se atreven entre sí y contra el primero, toda la intrincada maraña en donde ha de aislarse el hilo maestro para la acción y el triunfo. ¿Cómo cumple Bolívar la función?

Para llegar al primer puesto, para mantenerse en él, no necesitó nunca cercenar la personalidad de sus tenientes y colaboradores. Nunca trató de entorpecer las actividades útiles de los mismos que soñaron con rivalizarlo. Antes bien, parecía estimularlos, situándolos en las posiciones más propicias a que diesen de sí todo cuanto pudiesen para el servicio de la patria. Con gran claridad de juicio, suma aptitud para valorar a los hombres, con espíritu de justicia y elevación de alma, nunca bastante admirada, dio a cada uno el puesto que merecía y, sobre todo, aquel donde fuese el más adecuado y el más útil. La historia, al hacer la revaluación de los hombres que realizaron la grande obra de la independencia de América, ha refrendado casi siempre el concepto del Libertador sobre ellos y confirmado la estatura sobresaliente del que fue y es el primero de todos.

Durante la revolución, la posición del primero suele estar amenazada. Peligra la autoridad de Bolívar. Los émulos aprovechan toda ocasión de revés, de incertidumbre para desquiciarla. Bolívar la defiende, la salva, la restablece a fuerza de superioridad demostrada. Hombres de valor temerario, de resistencia heroica abundan en los llanos como en las montañas, y en los mares. Bolívar, a la par de ellos, sabe echarse a los ríos, abordar embarcaciones, mezclarse con los combatientes, como en Araure, y decir en San Mateo: “Aquí moriré yo el primero”. Como los más sufridos, sabe realizar marchas increíbles. Como los más organizadores, proveer a todas las necesidades de los ejércitos. Como los más astutos, urdir estratagemas. Atiende a las pequeñas necesidades con cuidado minucioso, a la moral y la disciplina de los subalternos. Atiende a la vez los más graves problemas de la política interna, de administración, de política internacional. Asombra tanta actividad, tanta multiplicidad.

Reúne en su persona y en grado muy alto, cualidades dispersas entre los más grandes hombres de América. Puede ser generoso y sabe serlo. Por la nobleza de su gran espíritu, en servicio de su gran idea, y por la conciencia de la superioridad. Exalta los hechos de sus colaboradores, los estimula con epítetos y frases elocuentes. Saca de ellos cuanto encierra de grande, y no solo no los rebaja, sino los hace más altos, quizá, de lo que fueran entregados a su propio arbitrio. Después de ser el primero por la calidad de su genio, lo es por el uso que hace de su primacía, por la dignidad que imprime a su papel de conductor, de guía, de primero.

Vosotros, en tanto, os preguntaréis: “Bolívar es hombre excepcional. ¿Qué enseñanza podemos sacar de su grandeza? ¿Debemos aspirar cada uno de nosotros a ser el primero? Podéis ser primeros, no entre todos, sino entre algunos. En tal caso, debéis ejercer vuestra primacía con la elevación de alma con que la ejerció Bolívar. Debéis sacar de vosotros todo lo que podáis dar para honra vuestra, para bien colectivo, para dignidad y progreso de la patria. Debéis ejercer vuestra primacía sin mezquindad.

Entre nosotros, dondequiera que nos reunimos, todos se creen capaces del primer puesto. Debéis huir el risible y destructor empeño, tan común entre nosotros, de empequeñecer a los demás como único medio de superarlos. Huid el triste caso, tan repetido en nuestra historia, del mediocre y el nulo, situados en el punto estratégico para cerrar el paso a quienquiera se distinga por la aptitud o por el mérito. El mediocre y el nulo han hecho más por la desgracia de nuestras repúblicas que los mayores malvados. La mediocridad abunda, naturalmente, cuando la aptitud y el mérito escasean. Los mediocres se entienden con facilidad y se alían casi por instinto contra la minoría útil, de aspiraciones y aptitudes más nobles. Se asiste entonces a la inversión de valores intelectuales y morales. El inepto está donde debiera estar el apto; el débil, en el lugar del fuerte, el carácter de gelatina, donde hace falta el carácter de acero; el torticero falaz, en vez del hombre recto. Hasta se ha inventado el hombre cero, que se eterniza en una posición expectable, por su propia nulidad, por la ladina suspicacia de los mediocres, que así impiden la llegada al puesto de un hombre significativo. Aún peor, cuando se rodea al hombre

apto y recto de dificultades calculadas, de agentes felones con la mira de lograr y cantar su fracaso.

Cuando hayáis de valorar a hombres influyentes en cualquier actividad, sea o no política, tened por casi infalible esta regla. Si protege a los hombres de mérito, si no regatea elogios sinceros a quien los merezca, es hombre que no teme rivales. Es hombre superior. Si tiene debilidad por los ineptos y los nullos, si cierra el paso a los aspirantes de mérito, es mediocre consciente de su mediocridad. Se protege a sí mismo, pone su interés por encima de los intereses a que debe servir. Condena la iniciativa a la parálisis. Es factor de inercia, de estancamiento, de muerte.

Bolívar lo fue de vida. Mayor entre grandes, engrandece a la patria, engrandece su época, engrandece a sus tenientes. Los mediocres recelosos solo sabrían empequeñecer lo que él engrandeció.

TRANSPARENCIA

Bolívar fue, sobre todo, político. La política es la esencia de su vida. La política le da un ideal remoto y grandioso; lo absorbe, lo orienta para siempre en un solo sentido. Al final de su existencia, Bolívar la cierra con un acto político.

¿Qué es la política de Bolívar? No, por cierto, lo que entre nosotros corrientemente se entiende por política. Él la entiende, la concibe, la practica en su más alto y recto sentido. Como el arte de dirigir a los hombres y a los pueblos hacia su bien posible, hacia su mayor elevación, hacia la justicia. Para dirigir a los hombres y a los pueblos, es necesario conocerlos. El simple ideólogo parte de su ideología, desconoce u olvida las realidades, se engaña y se estrella contra las deficiencias, las lacras, las idiosincrasias de los pueblos. Bolívar tiene buenos ojos y ve claro. El conocimiento de los hombres constituyó para él una de las mayores fuerzas que lo guiaron en su carrera política. Lejos en realidad de las fallas ideológicas que se le atribuyen, no creyó a los hombres ni mejores ni peores de lo que son. Para las deficiencias tuvo, según los tipos y las ocasiones, la tolerancia comprensiva, el hábil halago, o el rigor inflexible. Sabía ganarse una voluntad hostil, pero leal, con un solo epíteto justo o generoso. Algunas de esas lealtades conquistadas duraron más que su vida.

Y he nos aquí frente al más interesante aspecto de la vida ejemplar de Bolívar. El autor de este libro no ha titubeado en poner su trabajo al amparo de Nicolás Maquiavelo. El calumniado filósofo de *El Príncipe* se dolía de la esclavitud de su patria, de verla humillada por el extranjero, de contemplarla anarquizada, pasto de las pequeñas ambiciones de los hombres limitados. Sabía bien que él no era el hombre excepcional capaz de realizar su sueño de la patria redimida, y soñaba con ser a lo menos el guía remoto del príncipe esperado. Su moral política es fría, técnica, ceñida a su época, a las circunstancias de su pueblo. Bajo la frialdad del tecnicismo palpitaba el corazón patriota. Vosotros mismos diréis si el consejo de imitar las virtudes de los grandes hombres no es un gran consejo y si el sueño de la patria ennoblecida no es un

gran sueño. Por caminos que difieren de los proclamados por Maquiavelo, Bolívar persigue mejor que nadie, en constante y porfiado batallar, el sueño de la patria libre, grande y noble. El fue para la América el príncipe soñado por Maquiavelo en cuanto redentor y unificador. Príncipe de virtudes nuevas, hecho para la empresa de crear un nuevo mundo.

Comprendo la desconfianza de vosotros ante palabras que han sonado a menudo en vuestro espíritu como sinónimas de engaño y vileza. Política, maquiavelismo: deslealtad, traición, interés mezquino. En nuestro país, al igual que en otros muchos, se ha abusado de las palabras al extremo de convertirlas en falsificaciones de la idea. Las palabras han venido a ser meros sonidos sin significado, o de sentido contrario al significado recto.

Los maquiavelos mediocres no toman del autor de *El príncipe* el gran sueño. No son capaces. Emplean las pequeñas astucias, que están o pueden estar a su alcance. Se juzgan a sí mismos grandes políticos porque logran, o lo intentan, engañar, seducir y perder a los hombres y los pueblos. Al extremo de sus menudas habilidades no está el ideal de la patria grande, sino la ventaja personal, la riqueza, la vanagloria. Se pretende engañar al enemigo. Se engaña al amigo. A menudo se engaña a sí mismo.

Es hecho triste que la buena fe haya decrecido en nuestro país en proporción alarmante. El feo vicio del engaño, de la deslealtad, se ha hecho más frecuente. Es común oírlo expresar con razones de “política”. Política viene a ser así sinónimo de falsedad y felonía.

“Soy transparente”, dijo Bolívar, irritado por la doblez de muchos que lo adulaban mientras preparaban a espaldas suyas el ataque traicionero.

Aquí la interrogación: ¿cómo puede ser político el hombre transparente? Sus planes estarían a merced de sus interlocutores. Presa obligada de sus adversarios, de sus malquerientes y, en primer lugar, de los hipócritas desleales. Bolívar es transparente. Transparencia no quiere decir indiscreción, candidez, infantilidad.

La transparencia excluye el engaño desleal. La reserva no es deslealtad, sino prudencia. La política posee su estrategia y su táctica al igual de la guerra. En la guerra son lícitas las estratagemas, los amagos. Se está frente al enemigo. El enemigo no tiene el derecho de esperar que se trate de favorecerlo, sino de

destruirlo. En cambio, tiene derecho a que no se le trate con engaño cuando apele de buena fe a la buena fe del contrario. Violar la palabra empeñada con el enemigo leal, es deshonra y está fuera de la moral de la guerra. En política es menos neta la frontera entre la estratagema lícita y la ilícita. El sentido de la lealtad, la intuición moral, la descubren. Se lucha no solo contra el enemigo declarado, sino también contra el amigo. Se sigue un camino. Hay que flanquear los obstáculos, adaptar a los adaptables, arrollar cuando es forzoso. “La habilidad mata la grandeza”, nos dice un alto espíritu. Mata en realidad la falsa grandeza. Bolívar es hábil sin comprometer su estatura de gigante.

No engaña a quienes tiene que destruir o perder. Los alerta sobre el riesgo que corren. Sus conceptos, aun los más duros, los exprime con franqueza insospechable. Son famosos sus anatemas. El amigo leal está seguro con él. No se recata de mostrar su descontento de la conducta de sus amigos, como no les regatea los elogios en público o en privado cuando está satisfecho de ellos.

Su franqueza llega hasta desafiar a la historia. En 1813, los realistas fusilan a los prisioneros. Hacen la guerra a muerte sin declararla. Bolívar no entiende de hipocresías. Antes de tomar represalias, declara la guerra a muerte, a plena luz, sin circunloquios en la proclama de Trujillo. Dos tipos de hombre lo indignaban. Los que abusaban de su buena fe y los que dudaban de ella. Fue su tortura mayor tener que luchar con los dos tipos, tener que tomar en cuenta las triquiñuelas de los politicastros cuando sonó plena en el reloj de América la hora de las serpientes. Si Bolívar odió alguna vez, fue al tipo de la calumnia y de la hipocresía. Bolívar, hombre de buena fe, la presume. Cuando en Santa Ana va al encuentro de Morillo, se presenta inerme, con unos cuantos oficiales. Morillo viene fuertemente resguardado. El español advierte la lección de su contrario y despidе inmediatamente a su guardia. De solo presentarse con su buena fe y su lealtad, Bolívar ha ganado la primera victoria.

Puede pensarse que si Bolívar usaba con esplendidez de su lealtad, era porque ocupaba la más alta posición de hecho y no necesitaba apelar al artificio del disimulo. Para los que así piensen, los de abajo tienen el derecho de engañar a los de arriba. Nada justifica el engaño, que en todos los casos vale por signo de inferioridad y debilidad. Antes de llegar al primer puesto,

Bolívar fue subalterno. Para ascender no necesitó del engaño. Le bastó poner al desnudo sus grandes facultades. Se sabía fuerte y superior abajo; se sabía fuerte y superior arriba. Los mediocres y los inferiores encumbrados, por recelo o por hábito vicioso de engaño, continúan su tradición de falsedad, así estén colocados en las máximas alturas. Es cosa del carácter, extraña a las diversas situaciones de la vida.

Debemos reaccionar contra los falsos conceptos que, después de envenenar la política, amenazan envenenar todas las relaciones sociales. El engaño engendra recelo. El recelo engendra desconfianza. Sobre la desconfianza no se puede edificar obra sólida ni fundar prestigio y fama duradera. Los hombres de mayor influencia, aquellos cuya personalidad ha impreso más profunda huella en la vida de Venezuela, fueron los hombres fuertes que no necesitaban ni quisieron mentir, que dijeron con franqueza rectilínea su pensamiento y su voluntad. La historia, al apuntar sus errores y sus deficiencias, los disculpa en cuanto fueron centros de cohesión, contribuyendo a la consolidación nacional.

Fue característica del espíritu venezolano la franqueza. Antes rudos que falsos. Vayamos al reencuentro de nosotros mismos. Seamos transparentes a la manera de Bolívar.

DESPRENDIMIENTO Y GLORIA

Bolívar amó la gloria y la juzgó recompensa máxima de su empeño por la libertad de América. Algunos críticos identifican la personalidad de Bolívar con ese anhelo de gloria encendido en su alma desde la juventud.

Conviene analizar el concepto para comprender al Libertador y penetrar un poco más hondamente en su alma. Jamás grande hombre alguno saboreó tanto como Bolívar y con tanta intensidad el rico y generoso vino de la gloria. Gustó de él con sensualidad. Lo tuvo en abundancia. Lo apuró en no más de quince años, discontinuos, porque la fortuna lo sometió a pruebas y contrastes. La hora del desengaño llegó demasiado pronto y la muerte física apagó su genio, a la manera de la noche tropical, tras un rápido crepúsculo.

Amó su gloria Bolívar y pareció ponerla sobre cualquier otra tentación humana. Estaba seguro de ella. La estimó eterna y superior a toda otra gloria. En sus documentos, en sus cartas, asoma a cada paso la convicción de que el tiempo no prevalecerá contra ella. “Yo los representaré ante la posteridad”, dice pensando en sus conciudadanos. Proclama a los soldados de Colombia después de Ayacucho: “Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo”. Al recibir el medallón de Washington: “Washington presentado por Lafayette es la corona de las recompensas humanas”.

Tan alto y fiero orgullo no podía satisfacerse con los mezquinos halagos que la vida ofrece a los hombres corrientes. Todo lo estimó inferior a la satisfacción de su gloria. Su desprendimiento de riquezas fue constante y sincero. Sincero, también, su rechazo de la corona con que lo tentaron. Porque no solo era inconveniente para Colombia, sino pobre recompensa a quien había alcanzado las mayores. No había de cambiar por la pobre armadura de tabla y terciopelo el título de Libertador, único en la historia del mundo.

Sobre el desprendimiento de Bolívar por las riquezas materiales, se ha formado ya la conciencia concluyente de la historia. Nuevos documentos íntimos han desvanecido hasta las últimas

consejas fomentadas para deslustrarlo. Algo más ha tardado el reconocimiento de su republicanismo sincero, de su resistencia al infeliz pensamiento de la monarquía.

Aún queda un cargo por aventar. Su amor al poder. La presidencia vitalicia. La monarquía sin corona. Un historiador adverso piensa de él: “Quería la libertad de su patria; pero con la condición de que fuese él quien la realizase”. El mismo historiador reconoce en otra parte que las cosas marchaban mal cuando se prescindía de Bolívar, y explica así que se le llamase de nuevo. Es insostenible como cargo la primera afirmación del historiador. Los contemporáneos de Bolívar podían dudar de que fuese el hombre superior llamado a obtener la victoria de América. La posteridad, en posesión de todos los elementos de juicio, no tiene tal derecho. Si el reconocimiento universal de las facultades excepcionales del Libertador, refrendado por la conciencia del mundo, no es engaño o farsa, era él en verdad a quien tocaba encabezar la revolución. Tenía el derecho de hacerlo. Más aún: tenía el deber.

No feneció el deber con los últimos tiros de la guerra. Bolívar había de seguir trabajando su obra en medio de las mayores dificultades, no ya entre colaboradores, sino entre émulos; no ya con el enemigo al frente, sino con el enemigo al lado o a su espalda. Es el período de sus mayores sacrificios, los más penosos, los más estériles. No puede, no debe desertar. A los que creen que debió irse, un alto espíritu, alto y puro, responde cincuenta años después: “Bolívar tiene que hacer en América todavía”.

¿Qué es la gloria? Una confluencia. La del mérito de la obra y el reconocimiento del mérito. Es fenómeno a la vez subjetivo y colectivo. Bolívar tuvo la gloria porque los contemporáneos y la posteridad han reconocido su mérito y el de su obra, y los han encontrado excelsos. Bolívar saboreó esa gloria, que había ambicionado. Sin embargo, había en él otro amor, y mayor que el de la gloria. El amor de su obra. Por defender su obra, expone su gloria a sabiendas.

Viene a Caracas, desolado, en 1827. Ha volado a salvar la integridad de Colombia, a impedir el escándalo de la guerra civil. Sabe que no lo podrá hacer sino a cambio de contemporizaciones. Sabe que se lo enrostrarán sus enemigos, entre ellos algún fiero republicano que otrora estuvo entre los que le ofrecieron la

corona. Escribe a Páez desde Bogotá, el 15 de noviembre de 1826: “Sí, mi querido general; estoy resuelto a todo por Venezuela y por vuestra merced; ella es mi madre; de su seno ha salido mi ser y todo lo que es mío; a ella, pues, debo consagrar todos los sacrificios, hasta el de la gloria misma...”.

Y después, la reacción liberal, la reacción conservadora, la dictadura, septiembre, 1830, Santa Marta. Sacrificios sobre sacrificios. Su reputación, comprometida; su gloria, desconocida e injuriada. Todo, ¿por qué? Por intentar la salvación de su obra. Por la unidad de Colombia.

Amó la gloria, su inmensa gloria, sobre todos los halagos. Y amó su obra por cima de la gloria.

En premio de haber amado la obra a tal extremo, la posteridad lo ha resarcido, aumentando su gloria.

MUERTE EJEMPLAR

Simón Bolívar va a morir. La muerte física no es simplemente el término forzoso y natural de la vida. Es en el concepto moral, una severa prueba para el carácter, para la inteligencia, y para el corazón. El dolor físico, la ignorancia del futuro en el más allá, defendido con seguridad por el misterio; la eliminación forzada del mundo en que se ha vivido, actuado, padecido, y triunfado, desafían la fortaleza de los hombres. La enfermedad debilita el carácter, oscurece la inteligencia; anega de flaqueza el corazón. La actitud que se tendrá cuando la muerte esté cercana, es una interrogación tremenda, y cada hombre debe hacérsela alguna vez si se ha preocupado de la dignidad y elevación de su vida. Difícil es saber vivir. Y muchos que han sabido vivir, no han sabido morir.

Simón Bolívar ha consumido su ración de fuerza vital. De tanto gastarla con generosa mano abierta, es ya un anciano a los cuarenta y siete años de nacido. Lo torturan dolores físicos y lo atormentan dolores morales. Se ha visto insultado, burlado y escarnecido cara a cara. En su tierra natal se le llama tirano y se pide su proscripción. Él, que ha dado a su patria, a Colombia, a la América todo lo que poseía; él, que todo lo sacrificó, está acusado de explotador egoísta; él, el hombre del amor a sus conciudadanos, quien solo quería un corazón para amarlos y una espada para defenderlos, está visto como el obstáculo para la felicidad de su patria; él, el hombre de la buena fe, que solo piensa ya en alejarse, está sospechado de planes patricidas. Ve inútiles sus esfuerzos, comprometida su obra, desgraciados los pueblos, amenazados sus amigos, el momento lleno de oscuridad y de peligro para su América; el porvenir, más oscuro, más peligroso todavía.

¿En qué actitud va a confrontarse con la muerte ese hombre que parece un derrotado en lo moral, como es un vencido en lo físico? ¿Va a renegar su obra, va a pedir perdón de haber subido demasiado alto, va a temblar ante el misterio del más allá y ante el juicio de los hombres futuros? Él no ha llevado la existencia más o menos apacible del ciudadano oscuro y mediocre. Ha pasado

por momentos terribles, ha visto y ordenado sacrificios capaces de hacer titubear a los corazones generosos. Llegó el momento único y solemne de ver hacia atrás, de hacer el balance de su obra y la liquidación de su vida. Simón Bolívar ha dictado su testamento de particular y su última proclama de Libertador.

Vosotros conocéis bien esos dos documentos inmortales.

En su testamento, Bolívar declara su última voluntad. Puede hacerlo, y deja albaceas honrados, a quienes encarga de cumplirla. En su proclama, no lo puede. Si su voluntad pudiera ejercerse, él decretaría la felicidad de su patria, la felicidad de sus enemigos, la libertad, la dicha del género humano. Esa voluntad la rechazan aquellos mismos a quienes iría dirigida. Él, el grande, solo puede formar votos, dar consejos. Y los da tan justos, tan dignos de su grande alma, que se engrandece todavía y corona su vida ejemplar con muerte digna de su vida.

No, no ha temblado Bolívar ante sus contemporáneos ni ante la posteridad. No se presenta ni ante los unos ni ante los otros como reo que demanda gracia o rinde excusas o pide atenuaciones. Se yergue en la frontera de la vida con la muerte y llama a juicio el testimonio de sus contemporáneos. “Colombianos –les dice–, habéis presenciado mis esfuerzos por plantear la libertad donde reinaba la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad”.

Y luego el grito de dolor, del mayor dolor que pudiera afligir su corazón de padre de su pueblo: “Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento”. Es Bolívar, moribundo, consecuente con la idea matriz de toda su carrera. Es el mismo Bolívar, sincero republicano que ha reconocido siempre en el pueblo al verdadero soberano y árbitro de la República. Es el mismo Bolívar que ha dicho: “Tan solo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte. Es un tirano el que se pone en el lugar del pueblo, y su potestad, usurpación”. ¿Cómo conciliar la serenidad de conciencia de Bolívar con la duda y la desconfianza del pueblo? El Libertador lo explica en unas cuantas palabras, con criterio sereno: “Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad”. “He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro”. “Yo los perdono”.

Acata y absuelve al pueblo; y a sus enemigos, los perdona. Ahora, seguro de la alteza de su vida, que ha sintetizado en un par de frases, solo hay ya campo para el padre rebotante de cariño. El Libertador ha muerto. Queda el ciudadano, que también va a morir: “Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Algo hubiera faltado a la grandeza de Bolívar sin su muerte ejemplar. Su naturaleza de grande se mantuvo hasta el momento en que la muerte empezó a ensombrecer sus ideas, colgando los fúnebres crespones en su mente.

He ahí una muerte ejemplar, muerte que en vez de ser la negación de una vida grande, es su consagración y su corona.

MÁS ACÁ DE LA MUERTE

La vida ejemplar no concluye junto con la vida material del hombre histórico. Antes bien, a menudo comienza a ejercer acción mayor casi inmediatamente después de la desaparición. Derrúmbanse las barreras que los intereses individuales habían levantado en torno del hombre superior. Desvanécense las sombras que rivales, émulos y ambiciosos de ocupar el puesto ahora vacío, levantaron. Comienza a sentirse la ausencia del hombre glorioso. Se plantean comparaciones. Y la vida en verdad grande y útil, se destaca más alta y más luminosa. Si es trascendente, se la va sintiendo insertada en la vida nueva. Se la siente actuar. El grande hombre está más presente, depurado, libre de los contrastes pequeños, apto para lucir en la plenitud de su grandeza y de su obra. Ha llegado el momento de la historia. Acláranse las dudas, las calumnias se desvanecen. Descúbranse documentos y testimonios ocultos con malicia, o tergiversados, hasta falsificados antes. Es todo el proceso de la reivindicación, del arrepentimiento que va ganando poder y crédito. El grande hombre que trabajó por el bien colectivo y padeció por la incomprensión y la ingratitude, aquel que padeció por la precisa trascendencia de su obra, es glorificado, y su esfuerzo, su sacrificio, su alteza, se proponen como ejemplo a los hombres nuevos y a los que han de venir. Se cuenta en definitiva con una vida ejemplar.

Tal ha ocurrido, y de manera singular, con la vida de Bolívar. Vosotros sabéis ya cómo crece su gloria, cuán vivas y presentes están sus lecciones en los inmediatos o remotos destinos del mundo.

Después de haber padecido en carne propia la incomprensión y la injusticia; luego de filtrado por la crítica; después de incorporado para siempre en la mayor riqueza espiritual de la humanidad, todavía ha de afrontar el grande hombre prueba distinta, no menos dolorosa. Pasó la hora de los detractores. Llega la de los aduladores, los simuladores, los explotadores de la gloria. Gárrulos panegiristas, comentaristas intensos, oportunistas, caen sobre el nombre del Glorioso y lo desfiguran. Son, o se fingen idólatras del "Innumerable". Casi lo desacreditan, de tanto acumular sobre su personalidad excelsa falsas anécdotas, falsos conceptos, atribuyéndole debilidades con

el pretexto de humanizarlo. Se ha precisado toda la real grandeza de Bolívar para que fuese salva de quedar soterrada con el montón de inepticias acumuladas por la falsa o descarriada admiración.

Se le han inventado leyendas para dorar a otros con el áureo reflejo de su grandeza. Se lo han disputado para servirse de él como escudo en pugnas microscópicas.

Está reservado a vosotros los más jóvenes de mi patria situar a Bolívar en el concepto justo de la admiración. En verdad, su gloria no la exige de nosotros. Ya alcanzó el nivel que la hace patrimonio de todo pueblo devoto de las grandes virtudes varoniles, los grandes conceptos, los grandes esfuerzos, las realizaciones trascendentes. Nos lo debemos a nosotros. Seamos los discretos administradores de ese gran caudal. Estudiemos en Bolívar. Es un mundo donde todavía hay campo inmenso por explorar. Porque la maestría de las vidas maestras, como fue la suya, consiste en la inagotable capacidad de aspectos nuevos y exactos. Y pues tuvimos el privilegio de haberlo forjado con nuestra potencialidad de pueblo, de haberlo nutrido con el ambiente de la patria, de haberle prestado en días gloriosos, una colaboración que es nuestro mayor orgullo, seamos por la justeza y la discreción, por la comprensión severa y digna, los fieles guardadores de un gran tesoro humano.

LO QUE DEBEMOS IMITAR DE BOLÍVAR

Se le ha enrostrado a Bolívar el amor a la pompa de las entradas triunfales que acompañaron sus victorias, la pompa de su verbo, la fogosidad de sus loas y de sus anatemas. Ciertos críticos lo han presumido poeta frustrado. En desquite, otros han llamado a los hombres ilustres, de escaso y oscuro verbo, “grandezas sin voz”.

En boca de sistemáticos detractores de Bolívar, esos cargos apenas disimulan el empeño de rebajar su figura, medio de elevar a otros, presuntos rivales en la admiración de la historia. Importa, sin embargo, que vosotros examinéis tales cargos y los situéis en el plano de la verdad y la justicia.

Buena porción de las teatralidades que se imputan a Bolívar son pura invención. Era generoso y obsequioso en la vida diaria. Sabía situarse a nivel con su posición oficial e histórica. Cuando, caudillo de una revolución de trascendencia universal y jefe de Estado, recibía las visitas de viajeros ilustres, siquiera notables, no descuidaba su propio decoro ni el prestigio de la patria que representaba. Sabía el efecto de las grandes ceremonias. Las había presenciado en Europa. Conocía el efecto de la pompa y el fausto en pueblos hijos del sol, enamorados de la luz y del color. También sabía presentarse tal cual era, severo y sobrio, antes triste que alegre, contraído a su obra.

También los pueblos le ofrecían con espontaneidad honores y preases. Él cuidó siempre de vincularlas, no a su individualidad, sino al prestigio de Colombia, a la gloria de sus conmitones, al esfuerzo de jefes y soldados. El Ejército no fue nunca el ejército del Libertador. Fue el Ejército Libertador. Los hombres que lo componían fueron “los Libertadores”.

Nada teatral en las horas de lucha y de trabajo. Ni en la indumentaria ni en los hábitos. A veces, ni en el momento de la victoria. Ganada la batalla de Boyacá, Bolívar se adelanta solo hacia la capital de la Nueva Granada. Su aspecto no es el del general triunfador, sino el de un jefe de los derrotados. Un guerrillero patriota lo confunde, le grita: ¡alto! y está a punto de disparar sobre él. Bolívar no le hace caso. El guerrillero lo reconoce y baja el arma.

Entra en la casa de los humildes y su conversación discurre con la llaneza que inspira la confianza, con la dignidad que conserva el prestigio de la autoridad.

Como sus actos, su verbo. Es contra toda lógica separar el verbo de Bolívar de su acción, como si fuesen dos funciones distintas. Forman una sola función, están dirigidas al fin único. Bolívar lleva la revolución en las armas y en la palabra. Gana naciones con batallas. Gana pueblos y hombres con su verbo alerta, flexible, de apóstol, de hombre convencido. Posee varios acentos. El acento es adecuado al objeto. Convence, confunde, deslumbra, inspira fe y confianza. Es el que conviene a los pueblos a quienes se dirige. El poeta no es frustrado, porque es el héroe de su propio poema. Lo sueña con la palabra. Lo escribe con la acción. Ved ya la razón de este capítulo. Después de Bolívar, hombres teatrales han reemplazado a menudo la acción con la palabra. Han proferido hipérboles. Se han decorado con epítetos. Han roto la proporción entre la idea y el hecho. Toda una literatura desbandada, falsa y grotesca ha nacido en el predio de la política. Se ha extendido luego en epidemia y endemia a las demás actividades, científicas, literarias, artísticas, sociales. Hombres notables y notorios siguen y propagan el mal ejemplo, viendo todo con vidrios de aumento, cubriendo de falsa gloria a figurones de baja calidad. Asombran los elogios que dirigen, no ya a los poderosos a quienes se teme, sino a todo el mundo indistintamente. Es la depreciación de las palabras. Pueden prodigarse sin medida. Se puede ser generoso de ellas. Son papel moneda depreciado, sin contenido de valor.

Aun cuando los epítetos de Bolívar sean aumentados, siempre ofrecen un núcleo de justicia. Él subraya la virtud descollante en cada hombre. Cada hombre se siente honrado en su virtud. Los malos imitadores ni siquiera se cuidan de respetar las semejanzas. Sus hipérboles suelen asemejarse a tremendas ironías. El avaro es alabado por su generosidad. Se propone por modelo de honradez a quien se apropió caudales.

Si admitimos que hay en Bolívar al lado de su grandeza el sentido decorativo, no debemos olvidar que debajo, o detrás de la decoración, está una construcción sólida y grandiosa. Es frecuente, en cambio, que las decoraciones de nuestra vida nacional sean papel pintado. Detrás, hay tela burda y madera basta. El amor a lo decorativo ha gravitado demasiado tiempo

sobre la actividad de los hombres y sobre los hombres mismos. Por una fecha, por una palabra, por un golpe de escena, por una combinación de teatrillo, se sacrificaron reales ventajas, bienes efectivos.

Guardamos, sin embargo, motivos legítimos de orgullo. Tuvimos y tenemos reales valores. Solo que la hipérbole indiscriminada, el elogio falso o desmedido, la embriaguez de las palabras, nos ha hecho desconfiados. Allí reside la razón de una desgracia nacional contra la cual debemos reaccionar con energía varonil. La duda de nosotros. Tanto se ha exagerado, tanto se ha atropellado la medida, tanto se ha aplicado a lo que vale y a lo que no vale igual elogio, que la opinión general desorientada ha concluido por defenderse de engaños con la coraza de la duda.

Fuerza es reaccionar contra la vaciedad de las palabras y no pensar más que por vacías se las lleva el viento. Vacías y todo, están pesando con peso que agobia sobre el destino nacional. En particular, las escritas. Las palabras implican responsabilidad, tanto como los hechos. No podremos pensar en hechos de austeridad y justicia, mientras no pongamos austeridad y justicia en las palabras.

Bolívar encabeza una revolución que sacude la sociedad colonial de extremo a extremo. Revolución cruenta en la que se han de sacrificar ventajas inmediatas a ventajas remotas. Su verbo es el que toca a semejante revolución. Fulgurante, coloreado, poblado de impulsos. Excepcional como las circunstancias, excepcional como el caudillo, excepcional como la empresa. Los tiempos de hoy piden lengua ponderada. Se requiere devolver a la palabra el crédito perdido en años de especulación verbal. Tornará la confianza en las palabras cuando advirtamos detrás de ellas la idea, y detrás de la idea, la acción.

LAS CARICATURAS DE BOLÍVAR

La innegable sugestión que la personalidad de Bolívar ejerce después de su muerte, hermana de la que ejerció por vida, induce en espíritus débiles la tentación de remedarle, no seguirle. Ciertos actores que repetidamente han caracterizado en las tablas a un gran personaje, acaban por caracterizarlo en la vida diaria, poniéndose en ridículo. No podían faltar, y no han escaseado en la vida venezolana, los remedos, las caricaturas de Bolívar.

Es interesante discriminar delante de vosotros lo que significa seguir el gran ejemplo y lo que significa el triste remedo. Lo primero puede conducir a la grandeza. Lo segundo lleva inmediatamente al ridículo. Hay fuerza en seguir el gran ejemplo. Hay debilidad en remedar los actos o las actitudes del grande hombre.

El ejemplo tonifica. Estimula las propias fuerzas, dejándolas obrar conforme a su naturaleza. Desarrolla la personalidad. El remedo, confesión tácita de la falla o de la ausencia de personalidad, debilita aún más la escasa potencia del imitador.

Es clásica, y ya lugar común de la historia, aquella agrupación de grandes capitanes, arrancada a la antigüedad y a la modernidad. Alejandro, César, Napoleón. Con frecuencia se agrega a Bolívar. Se han apuntado las semejanzas y se ha planteado la tesis de que los venidos después a la historia tomaron por imitación algunos rasgos del antecesor. Aún se han hecho valer episodios y anécdotas cuya veracidad no es posible comprobar. Respecto de Bolívar, con toda claridad historiadores sutiles han querido ver en muchos de sus actos imitaciones napoleónicas. Bolívar rechazó desde el punto de vista político toda asimilación a Bonaparte, primero republicano, después emperador. Tales historiadores han proclamado que era habilidad política de Bolívar repudiar en público los procederes de Napoleón, mientras en su fuero íntimo se prometía imitarlo. “Feliz el hombre de quien no se puede calumniar sino las intenciones”.

Es difícil concebir a un grande hombre apelando en ocasiones tremendas a la repetición de un acto o de una palabra de otro grande hombre. Parece más racional pensar que en circunstancias

análogas dos grandes pueden haber tenido el mismo impulso e igual inspiración. Algunas palabras y actos impulsivos de Bolívar ofrecen paralelismo con palabras y actos de Napoleón. Otros son de manifiesta originalidad.

El remedo, propio de los débiles, se denuncia mejor en las pequeñas acciones. El imitador atiende más a los actos resonantes, en los cuales aspira a la comparación con el modelo. Descuida los actos que considera de poco significado. En ellos exhibe su insignificancia, su debilidad, su pequeñez. ¿Qué es la caricatura? La exageración de ciertos rasgos de la fisonomía a costa de otros rasgos. El remedo conduce por el mismo camino a la caricatura. El grande hombre lo es de modo sustancial. Se traduce en sus actos. Tal es su virtud ejemplar. El imitador, tomando unos cuantos rasgos del modelo, y sacrificando los demás, fabrica para su propio uso una fisonomía caricaturesca.

Al aceptar o proponeros a Bolívar por ejemplo, traducid vuestra personalidad original. El estímulo es fecundante. El polen fecunda el óvulo. Una vez recibido el impulso estimulante, el óvulo desarrolla su propia potencialidad.

Estudiad a Bolívar. Aplicad su espíritu a vuestros personales problemas, teniendo en cuenta las realidades circunstanciales. Realizad el ideal del traductor inteligente que interpreta las bellezas del idioma ajeno con el espíritu del suyo.

LOS EXPLOTADORES DE BOLÍVAR

Venero de pensamiento, concepto, enseñanza útil es la vida de Bolívar. Extraerlos de ella para el aprovechamiento de los pueblos americanos, es darles genuina aplicación, la que Bolívar aprobaría si viviese, pues él se dio al bien de América.

No es esta la única forma de explotación de la gloria y el nombre de Bolívar. Hay la explotación indigna en provecho de intereses menudos. Formas burdas de explotación mercantil. Prácticos y aventureros invocan la gloria de Bolívar aun para las más rastreras combinaciones del petardo. Cualquier chato representante de los más inferiores estratos de la intelectualidad se diputa embajador bolivariano y pronuncia la palabra mágica a cuyo conjuro se abren las puertas de los establecimientos de cultura, las salas de conferencias, a veces hasta las puertas del Panteón, las de las cajas fuertes y los bolsillos recelosos. Venir “en nombre de Bolívar” es conquistar honores y proventos. ¿Quién ha extendido la credencial? Nadie lo preguntará. “Viene en nombre de Bolívar”. La palabra surte su efecto mágico. El procedimiento es fácil y seguro.

Se explota la gloria de Bolívar con libros de baratija. Basta espigar en los predios de nuestros tradicionalistas. Recoger aquí y allá falsas anécdotas, chismes de irresponsables y componer libros donde se “penetra hondo en el alma del Libertador”. Las aventuras amorosas del Héroe suministran espléndida materia de mercería. El compilador se cuida bien de decir sus fuentes de información. Obtiene excelente éxito de venta y de fama. Se le citará luego entre los más eminentes investigadores e historiadores de Bolívar.

A un nivel más alto y excusable, otros se agarran a las faldas de la casaca del Libertador para colarse tras él en el templo de la gloria. Anhelan formar en el cortejo de los grandes cometas bolivarianos. Estos al menos, cuando son circunspectos, dejan algo para el bien colectivo. Pájaros de la huerta bolivariana, expropian la fruta para su propia ventaja, pero esparcen la semilla.

Más grave que esta explotación subalterna es la explotación ideológica, la que falsea el pensamiento de Bolívar mutilándolo o tergiversándolo, para servir a puntos de vista personales. Es la de los historiadores militantes, que apenas son historiadores, porque primero son políticos. No se han desprendido de la actividad coetánea, y combaten en pro, en contra o al margen de los ideales del Libertador, pero invocando su pensamiento. ¿Cuál es ese pensamiento?

Abundan los documentos de Bolívar, sobre todo sus cartas, en definiciones precisas, sentencias justas, máximas de un moralista que predica a plena luz, no en la estrechez del gabinete, ni en las penumbras del oratorio. Piensa claro y habla claro. Se han extraído de sus escritos y de sus arengas pensamientos, máximas, conceptos. Se han formado colecciones de ellos y se les ha propuesto por guía para las naciones, de permanente actualidad.

No es del todo plausible. Bolívar no pensó jamás en formar un cuerpo de máximas, de valor absoluto. Pensaba actuando y su pensamiento, elevado siempre, se ajusta a la realidad inmediata y urgente. Aislar sus conceptos, aplicarlos sin discernimiento, implica a veces falsear su intención, desfigurar su pensamiento. Es lo que han hecho algunos, de buena fe. Lo que han hecho otros de propósito deliberado, para justificar con la autoridad de Bolívar sus puntos de vista o sus mezquinos intereses. Si la vista de Bolívar estuvo fija siempre en la misma estrella alzada sobre el horizonte, la marcha por la tierra, cuajada de accidentes y de obstáculos, le exigía cambios de dirección que no obstan al itinerario principal. No habría sido gran político, no habría realizado su obra, no habría sido siquiera hombre inteligente, si desdeñando o ignorando las circunstancias, hubiera pretendido seguir una línea inflexible. Fue militar de la vida como lo fue de la guerra. Arrollaba los obstáculos cuando era preciso. Los flanqueaba si convenía a sus fines.

La palabra iba con la acción, a su lado, precediéndola o siguiéndola, a la manera de la caballería que despeja el camino, decide la batalla y persigue al enemigo. Y la palabra actuaba ciñéndose a la dificultad, a la posición del contrario, o del amigo, aprovechando las circunstancias del terreno. En tierra, la marcha en línea recta es mera abstracción. En el mar, la marcha de los

barcos constituye la loxodromía de los marinos, línea indefinible, rectificada día a día.

Cabe pensar que ha de aplicarse a las máximas de Bolívar la dosis de prudencia reclamada en la aplicación de los proverbios. Se les tiene por depósito de la sabiduría de los pueblos. Se les cita a cada paso. Nuestro idioma es particularmente rico de tales expresiones de la experiencia y los cuenta por muchos millares. Cuando se recorre una compilación de proverbios castellanos, se advierten con facilidad muchos contradictorios. Son resultado de circunstancias diversas. Traducen la realidad de un monumento circunstancial. Los hay de valor absoluto y eterno.

Igual acontece con los pensamientos de Bolívar. Fuerza es discriminarlos. Aislándolos, rompiendo su vinculación con el momento, se arriesga deformar el pensamiento de Bolívar.

CULTO PALABRERO

La fuerza real de los movimientos colectivos se engendra en su contenido de sinceridad. Religión, idea política, escuela literaria o de arte nacen, se propagan, triunfan por su contenido de sinceridad, que puede residir en los conductores del movimiento o en las masas que los siguen. Por lo general se forman en torno de una personalidad brillante y excepcional. Hombres convencidos la rodean, propagan su fama y sus modalidades. La figura principal, genésica del movimiento, adquiere, o ya los posee, lineamientos de profeta. En el período de formación, los acentos parecen más toscos. Expresan su convicción y su fe con procedimientos rectilíneos, por líneas rudas, a las cuales falta el refinamiento. Su obra es, sin embargo, fecunda. Más tarde, otros y otros adeptos irán a buscar en ellos, los primeros, el secreto del triunfo, de su prestigio y de su poder. Los primeros son los primitivos, los apóstoles, los mártires, los precursores.

Agotado ese primer período, los seguidores se refinan. Han adquirido experiencia. Todavía, como sus antecesores, poseen fe y convicción. Aplican la convicción y la experiencia. El movimiento logra las manifestaciones más duraderas y brillantes. Es lo que el maestro Taine llamó en sus críticas de arte el período central.

Después, la fe disminuye. A los hombres convencidos y vigorosos, suceden endebles simuladores de una fe perdida. El procedimiento, es decir, lo formal, lo exterior, sustituye el impulso franco, traductor de sentimientos y pasiones reales. Suenan a hueco ya falso las imitaciones y los panegíricos. Obras vacías de contenido, obras frágiles, febles y efímeras, denuncian la ausencia de la vida fecunda, la decadencia, la muerte final. Se siente la necesidad de la renovación. Se reclama que vuelva la vida a los tejidos exánimes, la tonicidad a los nervios agotados, la energía creadora a los órganos exhaustos.

Es la hora en que las palabras no son ya representación de las ideas. De la antigua devoción no quedan sino ritos repetidos por hábito. De los viejos sueños políticos, de los fanatismos ideológicos, hasta de las rencillas partidarias, solo hay remedos

no respaldados por los impulsos del ánimo. Es la agonía del movimiento literario o artístico, del partido político, del culto religioso. Es también la hora en que los hábiles sacan provecho de las simulaciones a costa de los contados hombres de buena fe, reliquias de los devotos de antaño. Es la hora de los más repugnantes oportunismos.

Bolívar engendró en vida y ha engendrado en la muerte admiraciones delirantes. Su positiva grandeza, su pensamiento brillante y preciso, sus vaticinios realizados, el escenario de una naturaleza locamente fecunda, la sensibilidad pasional de pueblos llamados a nueva vida, todo concurría a imponerle semblante de profeta, armado a la vez del verbo y de la espada, entrambos convincentes. Se le han consagrado pensamientos hermosos, retratos fulgurantes, poemas y cantos; se le ha reconocido por enviado de la Providencia, se le ha hecho semidiós.

Mientras la adoración rebose de espíritus deslumbrados por la grandeza real del hombre, es legítima, aun exagerada. Ella ha dado a la literatura histórica de América páginas inmortales. Las respalda la sinceridad, el acento inconfundible de las francas devociones.

También ha tenido detractores, inventores y repetidores de patrañas, desautorizadas ayer por la crítica, renovadas hoy para morir y resucitar mañana, desahogos de viejas pasiones, desquites de nacionalismos lastimados.

A la más alta crítica le está señalada tarea digna de grandes exploradores. Desbrozar el continente exuberante de variedad que es el alma de Bolívar. Quede para la impotencia mezquina el impropio de que ya no es posible decir nada nuevo sobre Bolívar, porque todo está dicho. ¡Cuántas bellas, hondas y nuevas cosas se han dicho del Libertador después de proferida la frase infeliz! Su vida intensísima se gastó en cuarenta y siete años. Se gastarán dos siglos en conocer su alma y colonizarla por completo para la humanidad.

Entre la sincera admiración y el odio sincero, frente a la crítica proba y capacitada, se extiende una zona de indecible chatura. Es el culto palabrero. Responde, si no en el tiempo, sí en la calidad y el significado al período de decadencia de los ideales literarios, artísticos, políticos y religiosos. Hipócrita monserga, abierta a flor de labios, sin savia de cerebro ni de corazón Se ha

precisado todo el valor concreto del hombre para salvar al héroe de sucumbir a la inepticia de vocingleros papagayos.

Gentes alarmadas han pedido que se entierre a Bolívar tal como un grande español pidió se enterrase al Cid. Pero el muerto sería demasiado grande. Para enterrarlo, faltaría la inmensa urna que pedía para enterrar sus sueños y su dolor el poeta del *intermezzo* y para llevarla en hombros, los doce gigantes. No abundan los gigantes en estos tiempos y no se encontrarían para cargar la urna simbólica de Bolívar. Y pues no es posible enterrarlo, hagamos algo mejor y más justo. Sigamos su alto ejemplo. Exploremos su alma con honradez. Llevemos a la cuenta del hombre los errores, cuando los haya. Llevemos a la cuenta del héroe, del padre, el caudal de enseñanza, de grandeza, de buena fe, que en él hay. Libertemos al Libertador, que se consagró a libertarnos, de las patrañas y de las inepticias que la inconsciencia y el oportunismo quisieren amontonar sobre su nombre. Acallemos el culto palabrero. Reemplacémoslo con el culto fervoroso y silente de los devotos primitivos. Empresa para los jóvenes más jóvenes de mi país. Aquí ha de cerrarse por fuerza lógica este pequeño libro. Es un intento de aislar para enseñanza la vida ejemplar de Simón Bolívar. Sírvanos de estímulo, no de reproche y confusión.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL	9
INTRODUCCIÓN	13
ANTES DE BOLÍVAR	17
¿QUIÉN FUE BOLÍVAR?	21
¿QUÉ HIZO BOLÍVAR?	25
EL PORQUÉ DE ESTA VIDA EJEMPLAR	28
ORO SOBRE ACERO	32
EL ETERNO DISCÍPULO	35
PADRE Y MAESTRO	39
EL APÓSTROFE	43
TRINOMIO FUNDAMENTAL: SOÑAR, PROYECTAR, REALIZAR	45
VALORACIÓN	51
SUPERACIÓN	54
EL PRIMERO	57
TRANSPARENCIA	61
DESPRENDIMIENTO Y GLORIA	65
MUERTE EJEMPLAR	68
MÁS ACÁ DE LA MUERTE	71
LO QUE DEBEMOS IMITAR DE BOLÍVAR	73
LAS CARICATURAS DE BOLÍVAR	76
LOS EXPLOTADORES DE BOLÍVAR	78
CULTO PALABRERO	81

Edicion digital
febrero de 2017
Caracas - Venezuela

VIDA EJEMPLAR DE SIMÓN BOLÍVAR

“La educación de los niños debe ser siempre adecuada a su edad, inclinaciones, genio y temperamento”. Con estas palabras el Libertador da inicio a un memorial dirigido al director de un colegio en Estados Unidos donde estudiaba su sobrino, Fernando Bolívar. El mismo espíritu anima esta semblanza.

Vida ejemplar de Simón Bolívar es un texto pensado y escrito para los jóvenes venezolanos; plantea, a lo largo de todo el contenido, la figura de Simón Bolívar como modelo de cualidades y virtudes a emular. Es una constante invitación a elevar el espíritu desde el trabajo que exige la realización propia. Sin duda, es un hermoso intento por trascender en las generaciones futuras por medio de la educación y la transmisión de valores para la construcción de una nación con condiciones, circunstancias y caracteres particulares, sin deformarlos ni desnaturalizarlos, alimentando la idea de actuar imprimiendo grandeza y gloria a nuestros proyectos y deberes.

Santiago Key Ayala (Caracas, 1874-1959)

Ensayista e historiador, realizó sus estudios superiores en la Universidad Central de Venezuela, en las áreas de matemáticas y ciencias sociales, más tarde su orientación derivó hacia las humanidades. Participó en la revista *El Cojo Ilustrado* y es colaborador frecuente de *Cosmópolis*. Fue elegido miembro de la Academia Venezolana de la Lengua (1913); director de gabinete de los Ministerios de Educación y Relaciones Exteriores. Ocupó cargos como diplomático en Italia y Panamá. Obtuvo el Premio Municipal de Literatura (1942), por su estudio *Vida ejemplar de Simón Bolívar*. Recibió el Premio Nacional de Literatura (1948-1949). Algunos de sus títulos publicados son: *Discursos* (1914); *Eduardo Blanco y la génesis de Venezuela heroica* (1920); *Los nombres de las esquinas de Caracas* (1926); *Bajo el signo del Ávila* (1949).



SEPTIEMBRE
latinoamericana



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

